

Estudios de
Asia y África

Estudios de Asia y África
ISSN: 0185-0164
reaa@colmex.mx
El Colegio de México, A.C.
México

Dube, Saurabh
LLEGADAS Y SALIDAS: LA ANTROPOLOGÍA HISTÓRICA
Estudios de Asia y África, vol. XLII, núm. 3, septiembre-diciembre, 2007, pp. 595-645
El Colegio de México, A.C.
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58611168003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

LLEGADAS Y SALIDAS: LA ANTROPOLOGÍA HISTÓRICA

SAURABH DUBE

El Colegio de México

Este ensayo examina las recientes transformaciones de la antropología y la historia, así como la formación de la antropología histórica. Es la continuación de un ensayo anterior, donde efectué un acercamiento a la antropología histórica de forma tal que replanteara sus disciplinas constitutivas y las amplias interacciones entre ellas. Analicé las tendencias formativas de la antropología hacia el tiempo y la temporalidad, así como las tendencias iniciales de la historia hacia la cultura y la tradición. Con esta finalidad, consideré la historia y la antropología no como disciplinas herméticas sino en un sentido más amplio, como configuraciones del conocimiento y modalidades del saber que con frecuencia han implicado suposiciones mutuas sobre los mundos sociales que las sostienen y amparan. Al respecto, las jerarquías y oposiciones temporales, así como las ambivalencias epistemológicas y los excesos de la antropología y la historia durante las formaciones de la modernidad, fueron aspectos de suma importancia.

El presente ensayo se elabora sobre dichas consideraciones. Se divide en dos partes fundamentales, cada una con sus respectivas secciones. La primera parte, “Salidas cruciales”, considera las transformaciones recientes de la antropología y la historia. Para ello no sólo se hace referencia al diálogo entre ambas, sino que se presta debida atención a sus cambios decisivos y a sus renovaciones mutuas, lo cual indica disposiciones convergentes y articulaciones divergentes. De hecho, la exposición no está formulada a modo de narrativa heroica de las

Este artículo fue recibido por la dirección de la revista el 4 de abril de 2006 y aceptado para su publicación el 21 de septiembre de 2006.

salidas progresivas de la antropología y la historia, sino como algo que registra las ambigüedades y contradicciones en este terreno. La segunda parte, “Conjunciones formativas”, estudia los desarrollos esenciales que han tenido lugar en el estudio de pasados y comunidades, imperio y nación, cultura y poder en el sur de Asia, como parte de una interacción mayor entre la antropología y la historia. Aquí también, en lugar de una preocupación exclusiva con convergencias metodológicas entre esas formas de indagación, esta exposición se centra en las sensibilidades compartidas que subyacen tras las contribuciones sustanciales de tales estudios. En lugar de restringir, esto sirve para ampliar el campo naciente de la antropología histórica e indica sus posibilidades productivas, incluyendo los tiempos por venir.¹

Salidas cruciales

En años recientes, los escritos de los antropólogos y los historiadores han producido lecturas penetrantes sobre el papel del significado y el poder en el pasado y en el presente. Durante las dos últimas décadas, de hecho, fue una cuestión de ortodoxia crítica el que a comienzos de la década de 1970 el énfasis enérgico sobre la práctica, los procesos y el conflicto hubiera reemplaza-

¹ Este ensayo y su precedente no son sólo un registro del diálogo entre la antropología y la historia, en especial en relación con los estudios sobre el sur de Asia. Es también una búsqueda por expandir la noción del diálogo y la disensión entre disciplinas, precisamente a través de reconsideraciones críticas de la antropología y la historia. Ello significa que mis esfuerzos analizan y amplían los énfasis de múltiples e influyentes debates sobre la interacción entre la antropología y la historia. Las siguientes obras pueden ser de interés para los lectores. Brian K. Axel, “Introduction: Historical anthropology and its vicissitudes”, en Axel (ed.), *From the Margins: Historical Anthropology and its Futures*, Durham, Duke University Press, 2002; Saloni Mathur, “History and anthropology in South Asia: Rethinking the archive”, *Annual Review of Anthropology*, 29, 2000, pp. 29-16; John Kelly y Martha Kaplan, “History, structure, and ritual”, *Annual Review of Anthropology*, 19, 1990, pp. 119-150; Peter Pels, “The anthropology of colonialism: Culture, history, and the emergence of Western governmentality”, *Annual Review of Anthropology*, 26, 1997, pp. 163-183; Ann Laura Stoler y Frederick Cooper, “Between metropole and colony: Rethinking a research agenda”, en Frederick Cooper y Ann Stoler (eds.), *Tensions of Empire: Colonial Cultures in a Bourgeois World*, Berkeley, University of California Press, 1997, pp. 1-56; James D. Faubion, “History in anthropology”, *Annual Review of Anthropology*, 22, 1993, pp. 35-54, y John Comaroff y Jean Comaroff, *Ethnography and the Historical Imagination*, Boulder, Westview, 1992.

do el privilegio anterior que se daba a la estructura, las reglas y el consenso dentro de la etnografía. Afirmaciones similares pueden encontrarse hoy en relación con la forma en que la historia abraza inmaculadamente a la antropología. Estas comprensiones apuntan hacia transformaciones fundamentales de las disciplinas acaecidas en las últimas tres décadas. Al mismo tiempo, al traslapar la singularidad de la etnografía y la historia en nuestros propios tiempos, también se minimiza la diferencia y la diversidad en los pasados de estas disciplinas.

Ambigüedades de la antropología

En el ensayo anterior, a partir del cual surge éste, busqué aclarar algunas de las distinciones en la historia de la antropología. La cuestión ahora es que desde las décadas de 1940 y de 1970 las transformaciones dentro de la etnografía estuvieron influidas por procesos de contracolonialismo, descolonización y otras luchas contra el imperialismo y el racismo. Este contexto moldeó las críticas emergentes de paradigmas reinantes dentro de la disciplina.² Aquí hubo un intercambio entre la autonomía y la lógica dominantes en las continuidades y cambios dentro de las tradiciones disciplinarias, por un lado, y los procesos de historia y política que afectan las comprensiones heredadas del mundo, por el otro.

En otras ocasiones he explorado estas cuestiones mediante el examen de la controvertida relación entre acción y estructura, especialmente en el seno del funcionalismo, el estructuralismo y el cuestionamiento de estas tradiciones teóricas.³ Permitanme recapitular esta discusión. El funcionalismo y el estructuralismo han constituido paradigmas destacados dentro de las ciencias sociales, el primero hasta la década de 1960 y el segundo hasta la década de 1970.⁴ Las dos tradiciones han

² Véase, por ejemplo, Joan Vincent, *Anthropology and Politics: Visions, Traditions, and Trends*, Tucson, University of Arizona Press, 1990, pp. 225-229, 308-314.

³ Saurabh Dube, "Terms that bind: Colony, nation, modernity", en Dube (ed.), *Postcolonial Passages: Contemporary History-writing on India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2004, pp. 2-3.

⁴ No obstante, los principios funcionalistas y los análisis estructurales no desaparecieron con facilidad de la escena académica a partir de la década de 1970. Antes bien,

entendido la “estructura” de manera diferente. Sin embargo, ambas han otorgado primacía al (los) objeto(s) de la estructura por encima del (los) sujeto(s) de la historia, un énfasis que operó conjuntamente con el privilegio concedido a la sincronía sobre la diacronía. Todo ello definió la caracterización atemporal de la acción humana sobre la estructura subyacente en estas tradiciones teóricas, lo cual pasó por alto el entrelazamiento de las nociones de estructura y agencia a través del tiempo.⁵ En las últimas tres décadas, las interrogantes sobre estas tradiciones han dado lugar a un enérgico énfasis en la práctica, el proceso y el poder en el campo de la antropología, lo cual incluye articulaciones de materiales históricos.⁶

Lo que quiero subrayar es que el cuestionamiento de tales paradigmas —donde la acción social fue caracterizada a partir de una estructura sociológica— no debe considerarse como un proceso disciplinario ineludible que fue puesto en marcha sólo después de finales de la década de 1960. Consideremos, por ejemplo, la discrepancia entre las percepciones funcionalistas

continúan ejerciendo su influencia sobre la antropología de diversas formas, e incluso se han reconfigurado de distintos modos dentro de la disciplina. S. N. Eisenstadt, “Functionalism analysis in anthropology and sociology: An interpretive essay”, *Annual Review of Anthropology*, 19, 1990, pp. 243-251; Sherry Ortner, “Theory in anthropology since the sixties”, *Comparative Studies in Society and History*, 26, 1984, pp. 127-132, 135-141; y Vincent, *Anthropology and Politics*, op. cit., pp. 335-341. Para trabajos destacados que han reelaborado el funcionalismo y el estructuralismo dentro de la antropología, véase: Maurice Bloch, *From Blessing to Violence: History and Ideology in the Circumcision Ritual of the Merina of Madagascar*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986; y Marshall Sahlins, *Islands of History*, Chicago, University of Chicago Press, 1985.

⁵ Pierre Bourdieu, *Outline of a Theory of Practice*, trad. Richard Nice, Cambridge, Cambridge University Press, 1977, en especial pp. 4-9.

⁶ No sólo el funcionalismo y el estructuralismo, sino también otras tradiciones antropológicas importantes del período pudieron privilegiar, de una forma u otra, la estructura sobre la acción. Por un lado, distintas versiones del enfoque de la “ecología cultural”, relacionado con Marvin Harris, exteriorizaron las dinámicas de la historia, considerada como práctica y proceso, así como los significados de actores desde dentro de su fuero. Por otro lado, la obra de Clifford Geertz introdujo nuevas posibilidades para la antropología y la historia, en especial mediante su hincapié en la orientación del actor, incluida la acción significativa. También intentó eliminar la temporalidad de los términos de la práctica dentro de la cultura, así como sus reconstrucciones del pasado (balinés). Marvin Harris, “The cultural ecology of India’s sacred cattle”, *Current Anthropology*, 7, 1966, pp. 51-64; Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, Basic Books, 1973; Clifford Geertz, *Negara: The Theatre State in Nineteenth Century Bali*, Princeton, Princeton University Press, 1980; y Munn, “The cultural anthropology of time”, *Annual Review of Anthropology* 21, 1992, pp. 98-100.

clásicas de la acción social y la agencia enfática de los sujetos no occidentales tal y como se observó en los movimientos coloniales, las luchas nacionalistas y otras prácticas de subalternos colonizados. Podría decirse que este vacío suscitó diversos cambios dentro de la antropología británica al menos desde la década de 1930.⁷ Entre éstos se cuentan los esfuerzos emprendidos por el Rhodes Livingstone Institute en África para trasladar el *locus* de la indagación de la etnografía de las tribus a los proletarios.⁸ Se extendieron hasta la interrogación naciente del funcionalismo dentro de la antropología británica, en particular en sus muchas variantes de Manchester, las cuales formaron parte de los intentos para entender de modos novedosos las nociones de conflicto, proceso y acción en los órdenes sociales. En ese ámbito, las cuestiones de estructura y práctica adquirieron forma a través de novedosas teorías de acción (individual) y análisis de procesos (colectivos), particularmente a partir de los años cincuenta.⁹ Aunado a lo anterior, se encontraba

⁷ Estas transformaciones ocurrieron a partir de que, desde finales de la década de 1920, algunos antropólogos británicos de prestigio se “enfrentaron no con poblaciones pequeñas, confinadas al aislamiento [sic], sino con tribus y naciones comparativamente enormes, extensas y dispersas [en África]”. Estas sociedades contaban con mecanismos gubernamentales que planteaban un problema para las autoridades coloniales que buscaban administrarlos con eficacia, lo que implicaba adaptar sus formas “tradicionales” de gobierno bajo el principio del dominio indirecto. Éste era el vasto contexto colonial para importantes antropólogos británicos de las décadas de 1930 y 1940, el cual se centró fundamentalmente en África. Adam Kuper, *Anthropologists and Anthropology: The British School 1922-1972*, Londres, Allen Lane, 1973, pp. 107-108.

⁸ La naturaleza política de la creación del Instituto Rhodes Livingstone pudo combinar el profundo escepticismo de los administradores imperiales hacia el trabajo antropológico. *Ibid.*, pp. 133-135. Sobre los cambios iniciados en la investigación antropológica por el Instituto, véase Vincent, *Anthropology and Politics*, op. cit., pp. 276-283 y sobre una valoración reciente y crítica, James Ferguson, *Expectations of Modernity: Myths and Meanings of Urban Life on the Zambian Copperbelt*, Berkeley, University of California Press, 1999.

⁹ Véase, por ejemplo Edmund Leach, *Political System of Highland Burma: A Study of Kachin Social Structure*, Londres, G. Bell and Sons, 1954; Max Gluckman, *Order and Rebellion in Tribal Africa*, Londres, Cohen and West, 1963; F. G. Bailey, *Caste and the Economic Frontier: A Village in Highland Orissa*, Manchester, Manchester University Press, 1957; F. G. Bailey, *Stratagems and Spoils: A Social Anthropology of Politics*, Oxford, Basil Blackwell, 1969; Fredrik Barth, *Political Leadership among Swat Pathans*, Londres, Athlone Press, 1959; J. P. S. Uberoi, *The Politics of the Kula Ring: An Analysis of the Findings of Bronislaw Malinowski*, Manchester, Manchester University Press, 1962; y Victor Turner, *Schism and Continuity in an African Society*, Manchester, Manchester University Press, 1957. Además, Peter Worsley, *The Trumpet shall Sound: A Study of "Cargo" Cults in Melanesia*, Londres, MacGibbon y Keo, 1957.

ban en juego diversos esfuerzos para lidiar con los cambiantes contextos de la antropología, para responder a las amplias transformaciones políticas e históricas que afectan la disciplina y para reflexionar sobre la autonomía de las tradiciones analíticas.¹⁰ Estos esfuerzos simplemente no podían romper con la larga sombra de los esquemas funcionalistas. Al mismo tiempo, se anunciaron compromisos críticos con las visiones y los modelos heredados de la acción social y la práctica antropológica.¹¹

¹⁰ Como parte de un mayor replanteamiento de la disciplina, se puede considerar la célebre aceptación de Evans-Pritchard (EP) de las intersecciones entre disciplinas "hermanas" como la antropología y la historia, cuyas diferencias entre sí evaluó como "ilusiones". Resulta significativo que sus afirmaciones estuvieran basadas en el hecho de que los antropólogos estaban cada vez "más interesados de lo que solían estar en comunidades que distan de ser simples y subdesarrolladas..." Así, los antropólogos "no podían seguir ignorando la historia" como había ocurrido con anterioridad, especialmente debido a las inclinaciones antihistóricas de la antropología funcionalista. Las reflexiones de EP propiciaron una réplica por parte de Isaac Schapera, quien señalaba que numerosos antropólogos funcionalistas habían hecho historia por mucho tiempo. Si bien reconocía la existencia de situaciones en las cuales los antropólogos podían hacer uso útil de las herramientas de los historiadores, Schapera añadió que en última instancia las disciplinas eran diferentes. La antropología estaba interesada en el "presente social" y la historia en el "pasado social". El debate muestra que mientras se dejaba atrás a la antropología británica, lo que Brian Axel denomina su "fetiche de la guerra en torno a una pureza precolonial", todavía se concebía a la historia y el cambio como si penetraran en la sociedad nativa, en particular debido a la influencia europea. EE Evans-Pritchard, *Anthropology and History*, Manchester, Manchester University Press, 1961, p. 19; Isaac Schapera, "Should anthropologists be historians?", *Man*, 93, 1962, pp. 198-222; y Axel, "Introduction: Historical anthropology", p. 7. Véase, además, I. M. Lewis (ed.), *History and Social Anthropology*, Londres, Tavistock Publications, 1968.

¹¹ Estas transformaciones no fueron menos evidentes en la antropología norteamericana después de la Segunda Guerra Mundial, sobre todo al implicar movimientos disciplinarios hacia el estudio de "civilizaciones complejas". Las implicaciones que ello tuvo en el estudio de la India, en particular aquellas formulaciones de tradiciones "grandes" y "pequeñas", se analizarán más adelante. Mi análisis se centra en la importancia crítica, dentro de este contexto, de los estudios sobre los grupos subalternos que articularon las texturas de la historia y la temporalidad, una tradición de la antropología según ha sido representada en Sydney Mintz, *Worker in the Cane: A Puerto Rican Life History*, New Haven, Yale University Press, 1960, y Eric Wolf, *Sons of the Shaking Earth*, Chicago, University of Chicago Press, 1959. Esta tradición fue continuada posteriormente en trabajos de antropología histórica, como en Sydney Mintz, *Sweetness and Power: The Place of Sugar in Modern History*, Nueva York, Viking, 1985; Eric Wolf, *Europe and the People without History*, Berkeley, University of California Press, 1982, y William Roseberry, *Anthropologies and Histories: Essays in Culture, History and Political Economy*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1989. Otro campo académico, delineado crucialmente en la década de 1950 en los Estados Unidos y que ha combinado la historia y la antropología con limitaciones y posibilidades, es la "ethnohistoria", analizada con gran agudeza en Krech III, "The State of Ethnohistory".

Las ambigüedades y las contradicciones no fueron una característica menos recurrente de los esfuerzos por reconfigurar la disciplina antropológica después de las experiencias de los años sesenta. Cabe recordar que en esa década se suscitó una intensa articulación tanto de los movimientos antirracistas y en pro de los derechos civiles como de acciones estudiantiles radicales y antiimperialistas, las cuales se expresaron en los mundos occidentales y no occidentales. Al menos de manera muy implícita, dichos acontecimientos y procesos apuntaron una vez más hacia las tensiones entre un centro algo abstracto que subyacía bajo las estructuras de una academia influyente, por un lado, y una clara y palpable naturaleza de la acción humana dentro de los mundos sociales, por el otro. Al mismo tiempo, a finales de la década de 1960 y durante la de 1970 hubo en la sociología y la antropología un gran avance de esquemas explicativos que conferían preferencia a las estructuras y sistemas desplegados para comprender la historia y la sociedad. Tal fue el caso de las teorías de “sistema-mundo” y de “dependencia” que proyectaron la lógica irrevocable de un capitalismo mundial que orquestaba la conducta de los actores históricos en la metrópolis y en la colonia.¹² En ese tipo de esquemas, el justo y analítico reconocimiento de la historia y el poder podía ir muy bien de la mano con el modelo de sistema/estructura de privilegios y un inestable debilitamiento del modelo de acción/práctica. Hay que repetir que no debemos perder de vista las ambigüedades y contradicciones cuando consideremos el giro que ha habido dentro de la antropología hacia la práctica, el proceso y el poder.

¹² Estos modelos y teorías cuestionaron las continuidades imperialistas y capitalistas de la dominación occidental en los escenarios no occidentales mediante polaridades como centro y periferia, desarrollo y subdesarrollo. Un estudio reciente y disponible se encuentra en Patrick Wolfe, “History and imperialism: A century of theory, from Marx to postcolonialism”, *American Historical Review*, 102, 1997, pp. 380-420. Véase además, Ann Stoler, “(P)refacing capitalism and confrontation in 1995”, in Ann Stoler, *Capitalism and Confrontation in Sumatra’s Plantation Belt*, 2a ed., Ann Arbor, University of Michigan Press, 1995, pp. VII-XXXIV y Dube, “Terms that bind”.

Reconfiguraciones de la antropología

Una vez ubicadas estas calificaciones, es posible aproximarse a las reconfiguraciones más recientes de la antropología. La década de 1970 fue testigo de varias y críticas exploraciones en torno a los vínculos entre estructura y práctica, formulaciones que estudiaron detenidamente los agudos enredos de la reproducción social y la transformación cultural. Dichos esfuerzos podían tomar la forma de una reflexión sociológica crítica; también podían, de manera imaginativa, conjuntar la etnografía y la teoría para replantear las cuestiones de la estructura y la práctica, las normas y los procesos.¹³ Después de esto sucedió que a inicios de la década de los ochenta la labor académica etnográfica y sociológica cada vez más optara por la práctica como una categoría clave, un concepto que ayudaba a mediar las oposiciones de la sociedad y el individuo, por un lado, y la estructura social y la acción histórica, por el otro.

El incipiente énfasis en la noción de práctica parecía estar vinculado con una acrecentada sensibilidad hacia los procesos temporales y las consideraciones históricas dentro de las indagaciones antropológicas. Tales tendencias derivaron sus bríos de las teorías de sistemas-mundo y de los modelos marxistas, incluyendo sus variantes estructuralistas. Sin embargo, se extendieron hacia diversas disposiciones de la práctica etnográfica, especialmente consideraciones de las texturas temporales de las formaciones culturales y las transformaciones sociales.¹⁴ Los

¹³ Por ejemplo, Bourdieu, *Outline of a Theory of Practice*; Philip Abrams, *Historical Sociology*, Ithaca, Cornell University Press, 1982; Anthony Giddens, *Central Problems in Social Theory*, Londres, McMillan, 1979; John Comaroff y Simon Roberts, *Rules and Processes: The Cultural Logic of Dispute in an African Context*, Chicago, University of Chicago Press, 1981; Ortner, "Theory in anthropology" y Sahlins, *Islands of History*. Además, E. P. Thompson, *The Poverty of Theory and other Essays*, Nueva York, Monthly Review Press, 1978.

¹⁴ Johannes Fabian, *Time and the Other: How Anthropology makes its Object*, Nueva York, Columbia University Press, 1983; Renato Rosaldo, *Ilongot Headhunting 1873-1974: A Study in Society and History*, Stanford, Stanford University Press, 1980; Sahlins, *Islands of History*; Bernard Cohn, *An Anthropologist among the Historians and Other Essays*, Delhi, Oxford University Press, 1987; Gerald Sider, *Culture and Class: A Newfoundland Illustration*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986. Véase también Arjun Appadurai, *Worship and Conflict under Colonial Rule: A South Indian Case*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981, y Nicholas Dirks, *The Hollow Crown: Ethnohistory of an Indian Kingdom*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

escritos antropológicos más sobresalientes que lidiaban con el registro histórico se centraron en sujetos no occidentales del colonialismo y el capitalismo. Así, los significados y las prácticas de esos sujetos no surgieron como meras respuestas a los proyectos coloniales y los procesos capitalistas. Antes bien, se exploraron sus acciones y percepciones como atributos críticos de la elaboración contradictoria del colonialismo y el capitalismo, ambos entendidos como campos compuestos de capas históricas y culturales en un terreno aparentemente marginal. Lejos de tratarse de distinciones preconcebidas entre los mundos occidental y no occidental, se suscitaron discusiones de intercambios sustentados entre dichos terrenos.¹⁵ Por encima de todo, ese tipo de labor académica podía involucrar un reconocimiento implícito y explícito de que no sólo los procesos sociales, sino también los análisis antropológicos estaban representados a lo largo del tiempo.

Un gran parte de esta variada labor académica subrayó la presencia del poder y la contumacia en las configuraciones del significado y la práctica. A través de modos nuevos y al mismo tiempo críticos, los procedimientos de la práctica etnográfica fueron cuestionados, pues concebían a sus objetos de estudio como entidades constreñidas, insinuadas, limitadas y coherentes, sobre todo al trazar distinciones dominantes entre los órdenes tradicionales y las sociedades modernas. No hay mejor ejemplo de los giros dentro de la antropología debido al fresco énfasis en las relaciones de poder —y en términos de práctica y proceso— que el reciente replanteamiento, reevaluación y adaptación del concepto de cultura, una de las categorías dominantes dentro de la etnografía, especialmente en su manifestación estadounidense.

¹⁵ Por ejemplo, Jean Comaroff, *Body of Power, Spirit of Resistance: The Culture and History of a South African People*, Chicago, University of Chicago Press, 1985; Stoler, *Capitalism and Confrontation*, y Michael Taussig, *The Devil and Commodity Fetishism in South America*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1980. Consultese también Richard Price, *First-Time: The Historical Vision of an Afro-American People*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1983; June Nash, *We Eat the Mines and the Mines Eat Us: Dependency and Exploitation in Bolivian Tin Mines*, Nueva York, Columbia University Press, 1979. En la escritura de la historia, estos temas hallaron expresión en registros complementarios y al mismo tiempo distintos. Como ejemplo, véase Ranajit Guha, *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*, Delhi, Oxford University Press, 1983.

Las cambiantes definiciones de cultura han caracterizado el pasado de la antropología. Éstas han surgido de orientaciones antropológicas duraderas y más amplias frente a la cultura como un sistema de valores, creencias, símbolos y rituales compartido por un pueblo. Estas definiciones se han extendido hasta refinarse en la influyente obra de Clifford Geertz, quien concibió la cultura como “telarañas de significado” dentro de las cuales vive cada pueblo, un significado codificado en formas simbólicas (lenguaje, artefactos, costumbres, rituales, calendarios, etc.) que debe entenderse a través de actos de interpretación análogos con el trabajo de los críticos literarios”.¹⁶ Ahora bien, aunque es importante reconocer la centralidad de las definiciones cambiantes de la cultura para con la disciplina, no es éste el lugar apropiado para repetir las cambiantes genealogías que han tenido lugar en el pasado de la antropología. Mi argumento se centra en los replanteamientos básicos de la categoría de la cultura desde la década de 1970, los cuales han estado en consonancia con los urgentes énfasis de la etnografía crítica sobre la historia, la temporalidad, el poder y el proceso.

Podríamos comenzar con tres críticas generales y relacionadas entre sí sobre las orientaciones antropológicas anteriores que totalizaron la cultura. Primero, dichas disposiciones por lo general presentaban a la cultura no sólo como esencialmente coherente sino como virtualmente autónoma desde diversas modalidades del poder, incluyendo las caracterizaciones de sociedades “fuera del Estado”. Estos procedimientos menosocaban las formaciones de dominación, las contenciones de la autoridad y los términos de disonancia *dentro* de las disposiciones de la cultura, distinciones críticas que llevaban, por ejemplo, relaciones de poder de comunidad y género, de raza y oficio. Segundo, por lo general la cultura apareció como si fuera irremediablemente discreta y estuviera inexorablemente limitada. Esto quiere decir que la cultura no occidental quedaba al margen de los amplios patrones de cambio social —entre

¹⁶ Sherry B. Ortner, “Introduction”, en Sherry B. Ortner (ed.), *The Fate of “Culture”: Geertz and Beyond*, Berkeley, University of California Press, 1999, p. 3. Los hincapiés hechos por Geertz insinúaron, además, que el concepto de cultura necesitaba liberarse de sus atributos abotargados, con el fin de asegurar su relevancia constante. Geertz, *The Interpretation of Cultures*, op. cit., p. 4.

los cuales se cuentan las articulaciones del colonialismo, el capitalismo, la nación y la modernidad— y que era concebida como conjuntos de imaginerías que sobre todo giraban sobre sí mismas de un modo autorreferencial. Por último, estas problemáticas estaban relacionadas con el hecho de que las comprensiones etnográficas de autoridad no tuvieron hacia los valores, creencias, símbolos y rituales que examinaban acercamiento alguno que diera cuenta de ellos dentro de los procesos temporales, ellos mismos formados y transformados por los sujetos históricos. Por el contrario, se representó a los elementos culturales como imperturbables ante los cambios y las mutaciones, las rupturas y las continuidades que dieron forma al pasado y al presente.¹⁷

Este tipo de cuestionamientos en torno a las articulaciones antropológicas de la cultura estuvieron desde el principio relacionados con el replanteamiento de su concepción marxista como una superestructura ideacional que parte de una base material. Ahora bien: al señalar los procesos sociales y políticos, las comprensiones marxistas —junto con las antropológicas— habían roto con las percepciones “estéticas” de la cultura que hacían referencia a obras de arte o arquitectura, pinturas y diseños, música y literatura. Al mismo tiempo, al poner la superestructura en la base, los esquemas marxistas ortodoxos representaron la cultura como una entidad epifenoménica, a la vez que dotaban a las abstracciones, tales como los modos de producción, de vida propia.¹⁸ Así, la naturaleza indisoluble de los procesos

¹⁷ Entre los trabajos que dieron inicio a estas consideraciones críticas, se cuentan Talal Asad, “Anthropological conceptions of religion: Reflections on Geertz”, *Man* (n.s.) 18, 1983, pp. 237-259; Gerald M. Sider, “The ties that bind: Culture and agriculture, property and propriety in the New Foundland village fishery”, *Social History*, 5, 1980, pp. 1-39, y Herman Rebel, “Cultural hegemony and class experience: A critical reading of recent ethnological-historical approaches (parts one and two)”, *American Ethnologist*, 16, 1989, pp. 117-136, 350-365.

¹⁸ Con ello no negamos la aparición de versiones sofisticadas del modelo base-superestructura, especialmente el que ha sido ofrecido por el filósofo francés Louis Althusser. Sin embargo, el problema esencial con la metáfora base-superestructura es que desplaza o, en todo caso, no puede explicar de forma adecuada la práctica significativa. Esto también es cierto para el modelo de Althusser. Louis Althusser y Etienne Balibar, *Reading Capital*, Londres, New Left Books, 1970; Raymond Williams, *Marxism and Literature*, Oxford, Oxford University Press, 1977, pp. 81-82; Raymond Williams, “Base and superstructure in Marxist cultural analysis”, *New Left Review*, 82, 1973, pp. 3-16; Thompson, *The Poverty of Theory*.

sociales e históricos no fue tomada en cuenta. El replanteamiento crítico y etnográfico de los modelos marxistas ortodoxos, y también de otros dentro de la disciplina, acerca de la cultura hizo énfasis en el hecho de que dichos procesos han consistido en prácticas específicas de sujetos históricos dentro de las relaciones de poder. Estas prácticas y relaciones conllevan reservas tácitas de conocimiento y contornos cambiantes de significado, de modo que el conjunto en su totalidad define la cultura.

Desde una perspectiva distinta, el giro “reflexivo” de la etnografía “experimental” en la década de los ochenta trajo consigo cuestiones de “autoridad” en la “representación” de la cultura. Hubo algunas estrategias para evocar las múltiples voces etnográficas dentro de los escritos antropológicos, las cuales registraban sobre todo las complicidades de poder entre el etnógrafo y el informante.¹⁹ Se interrogaron los términos y las técnicas de la labor antropológica que configuraba la cultura como si ésta perteneciese a un grupo en particular y como si estuviera circunscrita en un escenario discreto.²⁰ Se criticó también a la antropología por tratarse de un mecanismo que en sí mismo generaba la alteridad y que, en consecuencia, exotizaba y rarificaba —e institucionalizaba y producía— la diferencia para sus propios fines.²¹ No es de sorprender que todo esto se convirtiera en el eje rector al escribir sobre cultura en contraposición con las exigencias de escribir *en contra* de la cultura, en donde la cultura es concebida como implicada en proyectos dominantes —desde esquemas antropológicos hasta regímenes imperiales e incluso rutinas de Estados-nación— que producen un fetiche a partir de la diferencia.²²

¹⁹ James Clifford y George Marcus (eds.), *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press, 1986; George Marcus y Dick Cushman, “Ethnographies as texts”, *Annual Review of Anthropology*, 11, 1982, pp. 25-69; George Marcus y Michael Fischer, *Anthropology as Cultural Critique: An Experimental Moment in the Human Sciences*, Chicago, University of Chicago Press, 1986.

²⁰ Véase George Marcus, “The uses of complicity in the changing mis-en-scène of anthropological fieldwork” y Lila Abu-Lughod, “The interpretation of culture(s) after television”, en Ortner (ed.), *The Fate of “Culture”*, op. cit., pp. 86-109, 110-135.

²¹ Micaela di Leonardo, *Exotics at Home: Anthropologies, Others, and American Modernity*, Chicago, University of Chicago Press, 2000; Catherine Lutz y Jane Collins, *Reading National Geographic*, Chicago, University of Chicago Press, 1993.

²² John Pemberton, *On the Subject of “Java”*, Ithaca, Cornell University Press, 1994, y Ortner (ed.), *The Fate of “Culture”*, op. cit.

Sólo en años recientes se ha emprendido este tipo de cuestionamientos críticos. Ha habido un creciente reconocimiento no sólo de la naturaleza intensa y diferenciada de la(s) cultura(s) y los conocimiento(s) “local(es)”, sino también de su insistente interacción con las amplias formaciones de región, Estado, nación y globalización. Si estas insinuaciones hubiesen estado presentes con anterioridad, las articulaciones críticas de la cultura en la antropología estarían hoy mezcladas con un creciente interés en los procesos transnacionales de imperio, diáspora y modernidad, cada uno a su vez en función de identidades embrolladas e historias híbridas.²³ Se encuentran en juego las ironías y los desafíos para replantearse la cultura.

Se ha hecho evidente el hecho de que la cultura no debe entenderse sólo como una herramienta analítica sino como una entidad-concepto que ha sido esencial en las imaginerías y prácticas de las personas que la noción buscó describir y definir. Desde el Cuarto hasta el Primer Mundo, desde los pueblos indígenas empobrecidos hasta los grupos étnicos privilegiados, y desde los militantes religiosos violentos hasta sus igualmente fervientes oponentes se encuentran sujetos que han reivindicado sus derechos sobre la “cultura” para expresar sus términos en formas poderosas e intrigantes. Tales afirmaciones urgentes de la cultura —y de “costumbre”, “identidad”, “civilización” y “tradición”— han aparecido al mismo tiempo en proyectos de unidad y división, las cuales incluyen estrategias de supervivencia y diseños de destrucción.²⁴ Todo ello ha planteado cuestiones clave en relación con la cultura a través de las configuraciones de la modernidad en el pasado y el presente.

²³ Un mayor análisis de estos temas paralelos se encuentra en Saurabh Dube, *Stitches on Time: Colonial Textures and Postcolonial Tangles*, Durham, Duke University Press, 2004. Véanse, además, los estudios literarios en Robert Foster, “Making national cultures in the global ecumene”, *Annual Review of Anthropology*, 20, 1991, pp. 235-260; Sally Engle Merry, “Anthropology, law, and transnational processes”, *Annual Review of Anthropology*, 21, 1992, pp. 357-79; Robert W. Hefner, “Multiple modernities: Christianity, Islam, and Hinduism in a globalizing age”, *Annual Review of Anthropology*, 27, 1998, pp. 83-104 y Ana María Alonso, “The politics of space, time, and substance: State formation, nationalism, and ethnicity”, *Annual Review of Anthropology*, 23, 1994, pp. 379-400.

²⁴ Véase, por ejemplo, Faubion, “History in anthropology”, p. 36; J. D. Y. Peel, “Making history: The past in the Ijesha present”, *Man* (n. s.), 19, 1984, pp. 111-132.

Es evidente que dichos compromisos críticos ante el concepto de cultura no están cortados por el mismo patrón. Elaborados en diferentes momentos a lo largo de las décadas pasadas, se caracterizan por varias y notables opiniones entre ellos. Tampoco insinúo que las críticas han sido necesariamente justas, pacientes y modestas en su refutación de las tradiciones previas. Sería absurdo no aprender de las posibilidades y pluralidades de las discusiones anteriores sobre cultura dentro de la antropología. Al mismo tiempo, los esfuerzos interrogativos que he presentado son indicadores de las reconfiguraciones recientes de la disciplina, desde su cuestionamiento de las suposiciones formativas de la antropología hasta sus propios puntos débiles en la práctica de la etnografía.

Los énfasis conjuntos en el proceso, la práctica y el poder han dado un nuevo ímpetu al estudio de temas dentro de la disciplina, tales como religión y ritual, magia y brujería, simbolismo y ley, parentesco y realeza.²⁵ Muchos de estos escritos combinan lecturas históricas con una imaginación etnográfica.²⁶ Muchos otros han reflexionado acerca de las elaboraciones temporales que son inherentes al presente.²⁷ Tomadas en conjunto, las investigaciones sobre Estado, nación y globalización, así como las reconsideraciones de culturas coloniales, archivos

²⁵ Esto se aclara en los siguientes ensayos, que también orientan al lector sobre los trabajos sobresalientes en los campos que se discuten. William Reddy, "Emotional liberty: Politics and history in the anthropology of emotions", *Cultural Anthropology*, 14, 1999, pp. 256-288; Michael G. Peletz, "Kinship studies in late twentieth-century anthropology", *Annual Review of Anthropology*, 24, 1995, pp. 343-372; Merry, "Anthropology, law, and transnational processes"; Krech III, "The state of ethnohistory"; Kelly y Kaplan, "History, structure, and ritual".

²⁶ Dos estudios que se enfocan solamente en la colonia y el imperio son Dube, "Terms that bind", pp. 6-12; Stoler y Cooper, "Between metropole and colony".

²⁷ En relación con los estudios antropológicos que explícita e implícitamente se dedican a tratar los temas de la modernidad en el sur de Asia, véase Akhil Gupta, *Postcolonial Developments: Agriculture in the Making of Modern India*, Durham, Duke University Press, 1998; Emma Tarlo, *Unsettling Memories: Narratives of India's "Emergency"*, Delhi, Permanent Black, 2003; Thomas Blom Hansen, *Wages of Violence: Naming and Identity in Postcolonial Bombay*, Princeton, Princeton University Press, 2001; Arjun Appadurai, *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, Mineápolis, University of Minnesota Press, 1996; William Mazzarella, *Showcasing Smoke: Advertising and Globalization in Contemporary India*, Durham, Duke University Press, 2003, y Purnima Manekar, *Screening Culture, Viewing Politics: Television, Womanhood and Nation in Modern India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2000.

imperiales y modernidades vernáculas han hecho una sorprendente aparición en la escena etnográfica. Ello ha dado lugar a excepcionales logros, empíricos y analíticos, teóricos y metodológicos, en el área de la antropología. Una semejante renovación de la disciplina en las décadas recientes ha sido especialmente evidente en la creación de diversas variedades de etnografías históricas e historias antropológicas, mismas que han experimentado transformaciones a lo largo del tiempo. Regresaré a estas tendencias más adelante.

Registrar las recientes reconfiguraciones de la antropología y reconocer sus importantes contribuciones no significa pasar por alto las profundas disensiones y las formidables líneas de falla que aún caracterizan la disciplina. Esto es: el énfasis en la práctica, el proceso y el poder insinúan la reestructuración de la antropología, pero sus elaboraciones reales también anuncian que la disciplina permanece heterogénea e incluso dividida en lo más profundo. Las transformaciones contemporáneas de la etnografía hacen frente a las influencias antagónicas del pasado. Se han repensado las primeras tradiciones de análisis dentro de la antropología, pero esto no significa que se hayan abandonado las tendencias anteriores hacia esquemas favorecidos. Asimismo, las transformaciones actuales de la antropología como un terreno lleno de tensión son el resultado de discutidos entrecrucos en el presente. Las marcadas inclinaciones hacia la práctica, el proceso y el poder en la antropología hoy en día se extienden más allá de las lógicas exclusivamente disciplinarias. El impacto sobre la etnografía de los grandes “giros lingüísticos” e “interpretativos” en las ciencias sociales, que fueron en parte anticipados por ciertas versiones de la antropología, ha servido para dividir la disciplina. Lo mismo resulta válido para los compromisos etnográficos con el pensamiento anti y posfundacional, así como la crítica literaria y sus interminables refutaciones disciplinarias. Aquí se suman diversas orientaciones opuestas a las operaciones de poder, sus nexos con el conocimiento, la naturaleza de su productividad, sus conexiones con la práctica histórica y su conformación de sujetos sociales.

Estas reconfiguraciones disciplinarias han estado estrechamente ligadas con los grandes cambios en el mundo. Indicaré

tres desarrollos clave al respecto. Primero, anteriormente se señaló que el nacionalismo anticolonial y la descolonización en los Estados-nación recién independizados fueron poderosos ejemplos de la producción histórica. Al menos implícitamente, desafiaron las proyecciones etnográficas de los nativos eternos y su tierra encantada.²⁸ Hubo un rechazo y una ambivalencia hacia la integración de tales recordatorios de la agencia de los sujetos antropológicos como parte de la práctica etnográfica. Mas los recordatorios fueron de todas maneras trascendentales para las críticas emergentes de la antropología. En especial tras los movimientos y las protestas estudiantiles en la academia contra la Guerra de Vietnam, tuvo lugar una creciente interrogación acerca de lo que Johannes Fabian denominó el “escándalo” de la dominación occidental.²⁹ Este cuestionamiento se extendió hacia la reflexión del papel de la antropología en dicho escándalo, e incluía consideraciones sobre la complicidad de la disciplina con el colonialismo.³⁰ Las críticas disciplinarias a la empresa antropológica podrían andar de la mano con las inclinaciones políticas hacia los pueblos del Tercer Mundo, aun cuando la transformación de estos últimos en sujetos (de práctica, proceso y poder) dentro del esfuerzo etnográfico fue mucho más prolongada y contradictoria de lo que con frecuencia se imagina.

Segundo, precisamente como las tendencias críticas que he descrito se fortalecieron en el terreno académico, las naciones recién independizadas (y otras, no occidentales), fueron desentrañadas de una forma tal que sugería que la simpatía y la solidaridad no eran del todo suficientes para comprender sus sociedades y políticas. En particular, los temas del autoritarismo y la corrupción en esas naciones subrayaron la necesidad de perspectivas más críticas en estos contextos acerca del Estado,

²⁸ Por ejemplo, David Lan, *Guns and Rain: Guerrillas and Spirit Mediums in Zimbabwe*, Berkeley, University of California Press, 1985; Comaroff, *Body of Power, Spirit of Resistance*.

²⁹ Fabian, *Time and the Other: How Anthropology makes its Object*, op. cit., p. x.

³⁰ Por ejemplo, Kathleen Gough, “Anthropology: Child of imperialism” *Monthly Review*, 19, 1968, pp. 12-68; Jairus Banaji, “The crisis of British anthropology”, *New Left Review*, 64, 1970, pp. 71-85; Talal Asad (ed.), *Anthropology and the Colonial Encounter*, Londres, Ithaca Press, 1973, y Dell Hymes (ed.), *Reinventing Anthropology*, Nueva York, Pantheon Books, 1972.

el gobierno, la cultura y la sociedad. De hecho, muy pronto el espíritu de solidaridad con el Tercer Mundo —manifestado en proclamaciones y sensibilidades de la era de Bandung, durante dos décadas a partir de mediados de los años cincuenta— comenzó a disminuir. En esta situación, la investigación de la antropología desde dentro (y fuera) de la disciplina ha tenido distintas consecuencias a partir de la década de 1960. Como hemos visto, dichos desarrollos y debates condujeron al surgimiento de la etnografía “experimental” de los años ochenta, influida por lecturas literarias críticas, al mismo tiempo que informaron acerca de la reestructuración de la antropología de los sujetos, los Estados-nación y la modernidad, atendidos como procesos e historias.

Tercero y final, las salidas disciplinarias recientes han estado muy relacionadas con los rostros cambiantes del mundo contemporáneo: desde la caída del muro de Berlín hasta la expresión de etnonacionalismos en Europa del Este, desde las afirmaciones de los nacionalismos mayoritarios en Sudáfrica hasta los eventos del 11 de septiembre de 2001 y sus repercusiones han estado en juego diversos llamados a favor de una antropología cambiante para tiempos cambiantes. Por un lado, estos llamados se han unido a rechazos simplistas de tradiciones antropológicas iniciales, tildadas de viciadas y de complicidad con el poder institucional, procedimientos que también han pasado por alto que el mundo comenzó a cambiar no desde hace poco, sino desde hace ya mucho tiempo. Como consecuencia, en los últimos 15 años, cierto tipo de sabiduría etnográfica ha compartido el concepto contemporáneo que “exagera la singularidad de nuestros tiempos”, juzgando particularmente la relevancia de la investigación antropológica, según se ha apoyado en la presunta novedad del tema de investigación.³¹ Por otro lado, al aceptar el reto de repensar y trabajar nuevamente la práctica etnográfica, una variedad de antropologías no sólo han hecho uso de teorías sociales y políticas sino que a menudo han reconsiderado los pasados de la disciplina. De ese modo, han articulado imaginariamente un amplio espectro de

³¹ Michel-Rolph Trouillot, “North Atlantic universals: Analytical fictions, 1492-1945”, en Saurabh Dube (ed.) *Enduring Enchantments*, a special issue of *South Atlantic Quarterly*, 101, 4, 2002, p. 840.

cuestiones clave que resultan cruciales para el mundo contemporáneo.³² Semejantes transformaciones y tendencias opuestas, características de los escenarios académicos y de los mundos sociales, han sido igualmente cruciales en las modificaciones de la disciplina de la historia.

Historia: ambigüedades y reconfiguraciones

Ya he señalado que las narrativas que describen los esfuerzos antropológicos desde la década de 1970 en adelante y que rompen con el pasado —al estar cada vez más orientadas hacia la práctica, el proceso y el poder— pueden ser demasiado exclusivas en cuanto a intención y alcance. Problemas similares pueden yacer bajo los argumentos singulares del ascenso heroico de la historia sociocultural, los cuales operan sobre todo como marcos pedagógicos que se manifiestan en el salón de clases y en los seminarios. Aquí se ubican las proyecciones de una escritura de la historia que se vuelve cada vez más democrática y que incluye paulatinamente temas del pasado marginados hasta la fecha (temas de investigación y circunscripciones humanas), la cual, en consecuencia, comprende cada vez más otras disciplinas, en especial métodos antropológicos. Dichas narrativas a menudo comienzan con el lugar privilegiado de la política en la institucionalización de la historia como una disciplina de la segunda mitad del siglo XIX en adelante y hacen énfasis en que semejante escritura de la historia social y cultural, desde una perspectiva académica, tuvo un papel secundario, que incluye la práctica de la historia y excluye la política. Por otra parte, se enfocan en los principales avances dentro de los estudios históricos que expandieron progresivamente el contenido de la historia desde la década de 1930 para involucrar diversas dinámicas de la sociedad y la cultura; incluyen además varios

³² Por ejemplo, E. Valentine Daniel, *Charred Lullabies: Chapters in an Anthropology of Violence*, Princeton, Princeton University Press, 1996; Catherine Lutz, *Home-front: A Military City and the American Twentieth Century*, Boston, Beacon Press, 2002; Michael Taussig, *Law in a Lawless Land: Diary of a Limpieza*, Nueva York, New Press, 2003, y John Kelly y Martha Kaplan, *Represented Communities: Fiji and World Decolonization*, Chicago, University of Chicago Press, 2001.

temas subalternos al tiempo que sostienen un diálogo con las ciencias sociales, sobre todo con la antropología, la sociología y la psicología. La discusión acerca de los “maestros” y las “escuelas” que marcan estos avances supone la mención del trabajo de la Escuela de los Annales en Francia,³³ el antiguo Grupo de Historiadores Británicos Comunistas,³⁴ los historiadores de Europa y los estudiosos de la esclavitud afronorteamericana en los Estados Unidos,³⁵ así como relevantes tendencias históricas en Europa, como la “microhistoria” italiana y la “Altagsgeschichte” alemana (“historia de la vida cotidiana”).³⁶ Por último, es con este telón de fondo que dichos argumentos esbozan los problemas y las potencialidades de la historia sociocultural, que incluye el diálogo con la antropología o la sociología, en diversos contextos institucionales en el presente.

Una vez más, las dificultades con estos argumentos estriban no en que estén equivocados sino en que son altamente tendenciosos. Interpretados desde la posición estratégica del presente y moldeados incondicionalmente en moldes teleoló-

³³ Lucien Febvre, *New Kind of History: From the Writings of Febvre*, editado por Peter Burke, Londres, Routledge, 1973; Marc Bloch, *The Historian's Craft*, Manchester, Manchester University Press, 1954; Fernand Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II: vols. I and II*, Londres, Fontana-Collins, 1973; Emmanuel Le Roy Ladurie, *Montaillou: The Promised Land of Error*, trad. Barbara Bray, Nueva York, Vintage Books, 1979; y Roger Chartier, *Cultural History: Between Practices and Representations*, Ithaca, Cornell University Press, 1993.

³⁴ Edward P. Thompson, *Customs in Common: Studies in Traditional Popular Culture*, Nueva York, The New Press, 1993; Christopher Hill, *The World Turned Upside Down: Radical Ideas during the English Revolution*, Nueva York, Penguin Books, 1973, y Eric Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

³⁵ Natalie Z. Davis, *Society and Culture in Early Modern France: Eight Essays by Natalie Zemon Davis*, Stanford, Stanford University Press, 1977; Robert Darnton, *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, Nueva York, Vintage, 1985; William H. Sewell, Jr., *Work and Revolution in France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848*, Nueva York, Cambridge University Press, 1980; Eugene D. Genovese, *Roll Jordan Roll: The World the Slaves Made*, Nueva York, Pantheon, 1974, y Lawrence Levine, *Black Culture and Consciousness*, Nueva York, Oxford University Press, 1977.

³⁶ Carlo Ginzburg, *The Cheese and the Worms: The Cosmos of a Sixteenth Century Miller*, trad. John and Anne Tedeschi, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1980; Edward Muir y Guido Ruggiero (eds.) *Microhistory and the Lost Peoples of Europe*, trad. Eren Branch, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1991, y Alf Lüdtke (ed.) *The History of Everyday Life: Reconstructing Historical Experiences and Ways of Life*, trad. William Templer, Princeton, Princeton University Press, 1995.

gicos, pasan por alto las contradicciones y ambivalencias constitutivas, los silencios y tensiones, así como los problemas y posibilidades en el centro de los desarrollos de la disciplina de la historia: desde el lugar privilegiado de la historia política y diplomática en el pasado hasta la gran relevancia de la historia cultural y social en el presente. Las constantes discusiones y los excesos de la escritura de la historia como una forma de conocimiento moderno están en juego.

En primer lugar, las historias políticas pasadas y actuales han tenido sus propias articulaciones de cultura y sociedad, tradición y modernidad. Pueden implicar conjunciones clave de tendencias hermenéuticas y analíticas y de sensibilidades románticas y progresistas. Estas conjunciones han formado parte de la institucionalización de la disciplina histórica, incluyendo el privilegio de un terreno de lo “político” demarcado exclusivamente, pero también han opuesto resistencia a la transformación del conocimiento histórico en un aliado meramente subordinado a los recargados esquemas de las ciencias sociales. Un solo ejemplo debería ser suficiente. Los escritos del filósofo e historiador francés de principios del siglo XIX, Jules Michelet, han sido criticados como la obra de un simple “romántico” que idealizó poéticamente a un “pueblo” popular en sus narraciones de la Revolución Francesa. Por otro lado, han sido celebrados por desvelar un nuevo objeto de estudio de la historia, atacando mentalidades colectivas y fuerzas anónimas en las extensiones del pasado. Sin embargo, estas lecturas ignoran los procedimientos reales de Michelet en cuanto a investigación y escritura, que posiblemente reestructuran los métodos “científicos” y “hermenéuticos” con el objetivo de crear un estudio histórico genuinamente “modernista”. La escritura de la historia de Michelet, señala Jacques Rancière, trajo a discusión el notable pero reprimido “tema de la historia”, insinuando los requerimientos de la investigación histórica para hacer honor a sus tres acuerdos, “científico, político y literario”, con las circunscripciones políticas y democráticas modernas.³⁷ Sin

³⁷ Jacques Rancière, *The Names of History: On the Poetics of Knowledge*, trad., Hassan Melehy, Mineápolis, University of Minnesota Press, 1994. Véase, además, Jacques Rancière, *The Philosopher and His Poor*, trad., Andrew Parker, Durham, Duke University Press, 2004.

lugar a dudas, al ignorar el “método” de Michelet y al adaptar sus escritos a esquemas prefigurados, los historiadores modernos fueron “capaces de continuar la antiquísima tradición de mantener a ‘los pobres’ en su lugar —fuera de la historia— y de pretender que narraban sólo los hechos, ignorando sus significados”.³⁸ Leer a historiadores como Michelet (Herder o Ranke y muchos, muchos otros) sin sucumbir ante los esquemas historiográficos heredados significa comenzar a recorrer los caminos que han sido iniciados y que, sin embargo, están casi olvidados dentro de la práctica histórica. También significa estudiar detenidamente las preferencias inconcebibles y las suposiciones no enunciadas de la disciplina histórica.

No es de sorprender que las proyecciones hechas sobre el triunfal ascenso de la historia social y cultural no sean del todo críticas, en especial con relación a sus invocaciones de “escuelas” y “maestros” del oficio histórico. No investigan adecuadamente los conceptos que constituyen tales tradiciones. Considérese la Escuela de los Annales de escritura de la historia, en Francia, que ha existido desde 1929 hasta la fecha y que fue decisiva para romper con las antiguas narrativas que se basaban en los acontecimientos de la historia política. La Escuela de los Annales no sólo ensanchó el ámbito y la temática de la escritura de la historia, de modo insinuante y considerable, sino que también creó versiones influyentes de historia “estructural” a partir de amplias consideraciones sociológicas e impresionada especialmente con las formulaciones de Emile Durkheim. Al mismo tiempo, es importante preguntarse si las historias escritas por Lucien Febvre y Fernand Braudel, dos de las figuras fundadoras de la Escuela de los Annales, no privaron a la “historia de su tema humano, de sus vínculos con una agenda generalmente política y específicamente democrática y de su forma característica de representar el modo de existencia de su tema en el mundo, a saber, la narrativa”.³⁹ También vale la pena reflexionar acerca de cómo los escritos influyentes de Braudel no sólo han convertido regiones enteras del mundo mediterráneo en islas flotantes fuera de las corrientes de la historia y la civilización, sino cómo han

³⁸ Hayden White, “Foreword: Rancière’s revisionism”, en Rancière, *The Names of History*, p. XVII. En esta obra White comenta la lectura que Rancière hizo de Michelet.

³⁹ White, “Foreword”, p. XI. Rancière, *Names of History*.

transformado la esfera de la “cultura material” cotidiana en algo histórico, sobre todo cuando se les compara con el dinamismo histórico del mercantilismo moderno temprano.⁴⁰ Otros factores que intervienen aquí son las distinciones de peso entre lo “atrasado” y lo “civilizado”, que implican los mapeos jerárquicos del tiempo y el espacio que hemos visto con anterioridad.

Asimismo, es crucial reconocer que la obra del historiador socialista de origen británico, E. P. Thompson, exploró imaginariamente los contornos de la cultura y la conciencia del “público plebeyo” del siglo XVIII en Inglaterra, incluyendo las transformaciones del tiempo entre estos sujetos a partir de la llegada de la medición del tiempo-en-el-trabajo, como parte de los nuevos regímenes de los procesos manufactureros capitalistas.⁴¹ Sin embargo, es importante notar que los trabajos de Thompson solían ubicar la cultura plebeya del siglo XVIII a lo largo de un eje irrevocable de modernización histórica que establece una muy sólida oposición entre la economía moral ligada a la “tradición” y la economía de mercado del capitalismo “moderno”.⁴² Este eje rige además la interpretación de Thompson de las orientaciones no occidentales en torno al tiempo en la segunda mitad del siglo XX, a las cuales se considera como rezagadas con respecto al tiempo de Occidente y como insinuaciones de una tradición desafortunada que espera ser superada inevitablemente por la historia moderna.⁴³ Es evidente que estamos frente a jerarquías, oposiciones y oposiciones jerárquicas de modernidad en apariencia normativamente neutrales, pero en realidad profundamente ideológicas.

⁴⁰ Según Braudel, la historia de las regiones montañosas como mundos alejados de la civilización propiamente dicha significa no tener historia. Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*; vol. I; Hans Medick, “Missionaries in the rowboat? Ethnological ways of knowing as a challenge to social history”, en Lüdtke (ed.) *The History of Everyday Life*, pp. 42-44.

⁴¹ E. P. Thompson, “Patrician society, plebeian culture”, *Journal of Social History*, 7, 1974, pp. 382-405; E. P. Thompson, “Eighteenth century English society: Class struggle without class”, *Social History*, 3, 1978, pp. 133-165; E. P. Thompson, “Time, work-discipline and industrial capitalism”, *Past and Present*, 38, 1967, pp. 56-97; E. P. Thompson, “The moral economy of the English crowd in the eighteenth century”, *Past and Present*, 50, 1971, pp. 76-136.

⁴² Sobre estas cuestiones, consúltense Hans Medick, “Plebeian culture in the transition to capitalism”, en Raphael Samuel y Gareth Stedman Jones (eds.), *Culture, Ideology and Politics*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1983, pp. 84-113.

⁴³ Thompson, “Time, work-discipline and industrial capitalism”.

Lo antes expuesto no rechaza las agudas transformaciones de la escritura de la historia en las pasadas décadas recientes. Más bien, ello supone aproximarse a tales cambios considerando con cautela las suposiciones no expresadas y carentes de sentido crítico, así como los conceptos formidables y subyacentes a la disciplina. La extensión duradera y la prominencia palpable de la historia sociocultural en tiempos más recientes tienen que entenderse como parte de una expansión más amplia de la disciplina histórica después de la Segunda Guerra Mundial, lo que ha sido el caso de la antropología y la sociología. La expansión incluyó un aumento constante de la especialización profesional y un crecimiento significativo de las oportunidades de trabajo, que han apuntalado el trazado y el desarrollo de los campos sociales y culturales identificables de la escritura de la historia. Al mismo tiempo, las propagaciones de la historia sociocultural han sido el resultado de intereses intelectuales perdurables y diversos, compromisos de archivos, inquietudes interdisciplinarias y responsabilidades políticas, incluyendo impulsos hacia la democratización de la escritura de la historia.⁴⁴

La gran multiplicidad de estos procedimientos y procesos hace muy difícil proporcionar aquí una relación sistemática y detallada de sus trayectorias. No obstante, es posible presentar con criterio selectivo algunas de las tendencias clave en este terreno. En primer lugar, la elaboración de corrientes importantes dentro de la historia sociocultural, incluidas sus reconsideraciones críticas de la disciplina durante las décadas de 1960 y 1970, puede comprenderse muy bien como parte de intentos comunes, con diferentes énfasis, por interpretar explicaciones que se centraban en los sujetos hasta la fecha marginados de los registros históricos.⁴⁵ Más tarde, todo esto fue seguido de al menos dos desarrollos relacionados. El primero estuvo relacio-

⁴⁴ Examino estos temas en Dube, *Stitches on Time*, en particular pp. 133-137.

⁴⁵ Ranajit Guha (eds.), *Subaltern Studies I-VI: Writings on South Asian History and Society*, Delhi, Oxford University Press, 1982-1989; Partha Chatterjee y Gyanendra Pandey (eds.), *Subaltern Studies VII: Writings on South Asian History and Society*, Delhi, Oxford University Press, 1992; Arnold y Hardiman (eds.), *Subaltern Studies VIII*; Shahid Amin y Dipesh Chakrabarty (eds.), *Subaltern Studies IX: Writings on South Asian History and Society*, Delhi, Oxford University Press, 1996; Gautam Bhadra, Gyan Prakash y Susie Tharu (eds.), *Subaltern Studies X: Writings on South Asian History and Society*, Delhi, Oxford University Press, 1999.

nado con intentos que buscaban distintos materiales de archivos y que proponían lecturas innovadoras de las fuentes históricas, aunque también abrían interrogantes sobre las variedades y la validez de las “fuentes” históricas, en particular al considerar la escasez y la obstinación del registro de los pasados de los sujetos marginados. El segundo suponía un diálogo con otras disciplinas, desde la antropología y la sociología, hasta la demografía y la psicología, que también encaminó la escritura de la historia hacia nuevas direcciones.⁴⁶

Ahora bien, estos procesos no fueron ni inexorables ni exclusivos. Incluso cuando tuvieron lugar diversas conversaciones trascendentales dentro de la escritura de la historia y con otras disciplinas, las nuevas formas de historiografía podían acercarse y entender culturas, subalternos, disciplinas relacionadas y la historia misma en formas limitadas y tendenciosas.⁴⁷ De hecho, los nuevos modos de escritura de la historia surgieron fundamentalmente, aunque de maneras diferenciadas, como articulaciones alternativas de la historia de la nación. Las obras de Christopher Hill y E. P. Thompson intentaron volver a redactar las interpretaciones autoritarias de la historia inglesa al traer a colación patrones de inconformidades religiosas radicales y populares en el siglo XVII, así como esquemas de significado y práctica del público plebeyo en el siglo XVIII. Cada estudioso buscó la aprobación y el cuestionamiento de la autoridad entre estos sujetos subalternos.⁴⁸ Los escritos de Eugène Genovese y Lawrence Levine intentaron restituir a los esclavos afro-norteamericanos sus propias modalidades de cultura y acción, conciencia y agencia, con el fin de repensar de manera crítica la historia de la nación norteamericana, que en sus versiones libe-

⁴⁶ Véanse aquí los debates entre la historia y la antropología, según han sido representados por Keith Thomas, *Religion and the Decline of Magic: Studies in Popular Beliefs in Sixteenth and Seventeenth-Century England*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1971; E. P. Thompson, “Anthropology and the discipline of historical context”, *Midland History*, 1, 1972, pp. 45-53; E. P. Thompson, “Folklore, anthropology, and social history”, *Indian Historical Review*, 3, 1977, pp. 247-266 y Keith Thomas, “History and anthropology”, *Past and Present*, 24, 1963, pp. 3-24.

⁴⁷ Esto resulta evidente a partir de las discusiones precedentes acerca del lugar de la cultura dentro de los primeros trabajos de los estudios subalternos (explorados en el ensayo que constituye la primera parte de éste) y las disposiciones en torno a la tradición y el tiempo en la obra de E. P. Thompson.

⁴⁸ Hill, *The World Turned Upside Down*; Thompson, *Customs in Common*.

rales y conservadoras había pasado por alto las texturas empíricas de la esclavitud y concebido a la población de esclavos como objetos, y no como sujetos de la historia (nacional).⁴⁹ La tarea central que se propuso el colectivo de estudios subalternos fue analizar “el fracaso de la nación por afianzarse”, prestando especial atención al lugar de lo subalterno en la historia de la nación india que había desatendido a su propia gente desposeída.⁵⁰ Estas tendencias historiográficas expandieron de manera imaginativa los términos de la combinación dominante entre historia y nación bajo la modernidad, pero fueron incapaces de romper con los lazos de un modo sencillo y fácil.

Lejos de resultar inútiles, las ambigüedades han sido productivas. De hecho, a los desarrollos en la escritura de la historia discutido antes, les han sucedido mayores aperturas de historias críticas en las dos décadas pasadas. Como en el caso de la antropología, las transformaciones más recientes de la escritura de la historia han estado muy influidas por contextos políticos cambiantes, por el “giro lingüístico” en las ciencias sociales y por las intersecciones clave con perspectivas antifundacionales.⁵¹ Las consecuencias han sido realmente diversas: desde la expansión de imperativos de historias de “minorías” hasta nuevas explicaciones históricas de colonia y nación, cuerpo y sexualidad, prisión y disciplina, y desde reconsideraciones críticas de entidades-concepto de modernidad y el Estado hasta el replanteamiento radical de los términos de teoría y las disciplinas, lo cual incluye la escritura de la historia.⁵² Todo esto se verá a continuación.

⁴⁹ Genovese, *Roll Jordan Roll*; Levine, *Black Culture and Consciousness*.

⁵⁰ Ranajit Guha, “On some aspects of the historiography of colonial India”, in Guha (ed.), *Subaltern Studies I*, p. 7. Énfasis en el original. Para una discusión más amplia de estas cuestiones, véase Dube, *Stitches on Time*, capítulo 5.

⁵¹ Acerca de la influencia del giro lingüístico sobre la escritura de la historia, tales desarrollos tuvieron sus antecedentes dentro de la disciplina en, por ejemplo, las obras de Paul Veyne y Hayden White, las cuales subrayaron la importancia de la “trama” y el “tropo”, respectivamente. Paul Veyne, *Writing History*, trad. Mina Moore-Rinvoluci, Middletown, Wesleyan University Press, 1984 (originalmente publicada en francés en 1971); Hayden White, *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1973.

⁵² Véase más adelante la discusión de las secciones “Genealogías”, “Comunidades” e “Imperio y nación”, donde se tratan estos desarrollos dentro de los estudios sobre el sur de Asia.

Conjunciones formativas

Hasta ahora, se han señalado diversos terrenos de intersección entre la antropología y la historia. Ahora analizaré, en primer lugar, las conjunciones entre estas disciplinas a partir de los términos iniciales de su interacción en la academia india. Después consideraré cuestiones como genealogías y comunidades, imperio y nación, cultura y poder. Estos temas se superponen unos a otros.

Primeras formaciones

Aún quedan por escribir informes críticos sobre la institucionalización y la elaboración de los estudios antropológicos e históricos relacionados con la India, aunque tenemos algunas notas que serán de utilidad para esta empresa. Dichos informes necesitarán aclarar los principios recíprocos que sostienen la antropología y la historia del subcontinente, en especial las configuraciones del tiempo y la historia en la primera, y de cultura y tradición en la segunda; cada uno debe involucrarse con las cuestiones de civilización y nación. Además, los informes necesitarán sondear los modos particulares en que los historiadores y los antropólogos delimitaron sus disciplinas respectivas, una de la otra. Después de haber dicho esto, centraré mi atención en las tendencias académicas que operan en el subcontinente y las cuales iniciaron de formas diversas los diálogos entre la antropología y la historia; estas tendencias son precursoras de las encrucijadas más recientes entre estas disciplinas.

La creciente especialización de la antropología india desde la década de 1950 en adelante condujo a sus delimitaciones manifiestas con respecto a la historia.⁵³ Al mismo tiempo, preci-

⁵³ Es interesante que algunos de los más destacados etnógrafos sobre Sri Lanka han demostrado desde hace tiempo un interés crucial por la historia. Gananath Obeyeskere, *Land Tenure in Village Ceylon: A Sociological and Historical Study*, Cambridge, Cambridge University Press, 1967; Gananath Obeyeskere, *The Cult of the Goddess Pattini*, Chicago, University of Chicago Press, 1984; Stanley J. Tambiah, *World Conqueror and World Renouncer: A Study of Buddhism and Polity in Thailand against a Historical Background*, Cambridge, Cambridge University Press, 1976; David Scott, *Formations of Ritual: Colonial and Anthropological Discourses on the Sinhala*

samente en este escenario, hubo esfuerzos distintivos por parte de algunos antropólogos para entrar en discusiones sobre temas históricos. Los esfuerzos se concentraron no tanto en los límites disciplinarios borrosos, sino en expresar consideraciones antropológicas mediante el uso de materiales y comprensiones históricas, muchos de los cuales eran sospechosos ante los historiadores profesionales de esa época. Hasta muy avanzada la década de 1960, estos esfuerzos estuvieron influidos a menudo por amplias formulaciones de interacciones entre las tradiciones “grandes” y “pequeñas”.⁵⁴ Tal trabajo incluía el estudio de patrones de historia “local” en el norte de la India,⁵⁵ castas de bardos y sus explicaciones genealógicas,⁵⁶ la estructura social de una aldea a principios del siglo XIX en la India occidental,⁵⁷ y vínculos históricos entre la formación del Estado, los mitos de la realeza y la integración tribal.⁵⁸ En la década de 1970, este trabajo se extendió hasta incluir estudios sobre las formaciones de mito, leyenda y parentesco en las genealogías reales, así como en la estructura social, la realeza, el territorio y la propiedad en estas regiones de la India central precolonial.⁵⁹

⁵⁴ Robert Redfield, *Peasant, Society, and Culture*, Chicago, University of Chicago Press, 1956.

⁵⁵ Mckim Marriot, “Village structure and the Punjab government: A restatement”, *American Anthropologist*, 55, 1953, pp. 137-143.

⁵⁶ A. M. Shah y R. G. Shroff, “The Vahivancha Barots of Gujarat: A caste of genealogists and mythographers”, in Milton Singer (ed.), *Traditional India: Structure and Change*, Filadelfia, American Folklore Society, 1959, pp. 40-70.

⁵⁷ A. M. Shah, *Exploring India's Rural Past: A Gujarat Village in the Early Nineteenth Century*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2002. Una gran parte del trabajo para —y la redacción de— esta monografía se realizó a fines de la década de los cincuenta e inicios de los sesenta.

⁵⁸ Surajit Sinha, “State formation and Rajput myth in tribal central India”, *Man in India*, 42, 1962, pp. 25-80.

⁵⁹ Véase K. S. Singh (ed.), *Tribal Situation in India*, Shimla, Indian Institute of Advanced Study, 1972; y Ravindra K. Jain, *Between History and Legend: Status and Power in Bundelkhand*, Hyderabad, Orient Longman, 2002, el cual incluye numerosos ensayos escritos en la década de 1970. Para otros textos tempranos de la antropología y sociología india con diversas orientaciones en torno a la historia y la temporalidad véase el apartado “Bibliografía”.

No es de sorprender que la institucionalización y la aclaración de la escritura de la historia profesional del subcontinente también prosiguieran a distancia desde la investigación antropológica durante buena parte del siglo XX.⁶⁰ Después de la independencia, los desarrollos en el estudio de la historia antigua y medieval de la India han sido satisfactorios y reveladores, incluyendo el énfasis más reciente sobre las “formaciones sociales” en este terreno, aunque muy pocos investigadores en estos campos han empleado los términos de la antropología.⁶¹ En cuanto a la escritura de la historia de la India moderna, los primeros estudios de la administración y los administradores británicos fueron perfeccionados, aunque también suplantados por los estudios extremadamente antagónicos sobre nacio-

dad, véase: Ramkrishna Mukherjee, *The Rise and Fall of the East India Company: A Sociological Appraisal*, Nueva York, Monthly Review Press, 1974, y Satish Saberwal, *Mobile Men: Limits to Social Change in Urban Punjab*, Delhi, Vikas, 1976. Véase también, Bailey, *Caste and the Economic Frontier*; Adrian Mayer, *Caste and Kinship in Central India: A Village and its Region*, Berkeley, University of California Press, 1966, y A. R. Desai, *Social Background of Indian Nationalism*, Bombay, Popular Prakashan, 1959.

⁶⁰ Para un informe de esto, véase Sumit Sarkar, *Writing Social History*, Delhi, Oxford University Press, 1997, cap. 1; véase también, Partha Chatterjee, “Introduction: History and the present”, en Partha Chatterjee and Anjan Ghosh (eds.), *History and the Present*, Delhi, Permanent Black, 2002, pp. 1-23. De diferentes maneras, Sarkar y Chatterjee señalan la existencia de historias sociales en las lenguas vernáculas que, al menos desde hace un siglo, han yacido fuera del canon de la escritura profesional de la historia. Hay que atender con mayor escrutinio estas cuestiones.

⁶¹ Por ejemplo, D. D. Kosambi, *An Introduction to the Study of Indian History*, Bombay, Popular Prakashan, 1975; D. D. Kosambi, *The Culture and Civilisation of Ancient India in Historical Outline*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1965; Romila Thapar, *Cultural Pasts: Essays in Early Indian History*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2000; Kunal Chakrabarti, *Religious Process: The Puranas and the Making of a Regional Tradition*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2001; Phillip B. Wagoner, *Tidings of the King: A Translation and Ethnohistorical Analysis of the Rayavacakamu*, Honolulu, University of Hawaii Press, 1993. Véase también, Norbert Peabody, *Hindu Kingship and Polity in Precolonial India*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002; Burton Stein, *Peasant State and Society in Medieval South India*, Delhi, Oxford University Press, 1986; Velcheru Narayan Rao et al., *Symbols of Substance: Court and State in Nâyaka Period Tamil Nadu*, Delhi, Oxford University Press, 1992; Romila Thapar, *Time as a Metaphor of History Early India*, Delhi, Oxford University Press, 1996; S. C. Malik, *Indian Civilization: The Formative Period: A Study of Archaeology as Anthropology*, Shimla, Indian Institute of Advanced Study, 1968; Ronald Inden et al., *Querying the Medieval: Texts and the History of Practices in South Asia*, Nueva York, Oxford University Press, 2000; y Richard M. Eaton, *The Rise of Islam and the Bengal Frontier, 1204-1760*, Berkeley, University of California Press, 1993.

nalismo (y comunalismo), versiones que hacían uso de la disponibilidad continua y creciente de materiales ya clasificados desde comienzos de la década de 1960. Esa década y la siguiente estuvieron además marcadas por sorprendentes logros en la redacción de la historia económica, que tuvo sus corolarios para las comprensiones de los patrones sociales. Desde mediados de la década de 1960, las ciencias sociales presenciaron una gran preocupación por el lugar del campesinado en el desarrollo económico, el cambio histórico y la transformación revolucionaria, influidas por diversas corrientes del marxismo, entre ellas el maoísmo, y en el contexto de agitaciones radicales a lo largo del mundo.⁶² Estas preocupaciones tuvieron sus efectos en la redacción histórica de la sociedad campesina, que a menudo implica cuestiones de historia económica, aunque también de cultura y poder. El impacto se propagó a la escritura de la historia sociopolítica sobre movimientos contracoloniales y nacionalismos populares de agrupaciones campesinas, clases trabajadoras y comunidades de *adivasis*.⁶³ Como veremos, a partir de finales de la década de 1970 todo esto dio lugar a debates importantes dentro de la historia que reestructuran la disciplina y que sostienen conversaciones introductorias con la teoría crítica y comprensiones antropológicas. Sin embargo, también es cierto que antes de estas transformaciones los encuentros productivos con la antropología eran casi desconocidos dentro de los estudios históricos sobre la India moderna que se efectuaban en el subcontinente. Aparecían con energía en la obra de un solo investigador. El administrador y académico K. S.

⁶² Sin lugar a dudas, los sociólogos podrían recurrir al registro histórico para explicar las consideraciones en torno a las sociedades y los movimientos campesinos. Véase, por ejemplo, Kathleen Gough, *Rural Society in Southeast India*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981; D. N. Dhanagre, *Peasant Movements in India, 1920-1950*, Delhi, Oxford University Press, 1983; y Hetukar Jha, *Social Structures of Indian Villages: A Study of Rural Bihar*, Nueva Delhi, Sage, 1991. Véase también, Jan Breman, *Patronage and Exploitation: Changing Agrarian Relations in South Gujarat, India*, Berkeley, University of California Press, 1974; y A. R. Desai (ed.), *Peasant Struggles in India*, Bombay, Oxford University Press, 1979.

⁶³ Por ejemplo, Ravinder Kumar (ed.), *Essays on Gandhian Politics: The Rowlett Satyagraha of 1919*, Oxford, Clarendon Press, 1971; Gyanendra Pandey, *The Ascendancy of the Congress in Uttar Pradesh, 1926-1934: A Study in Imperfect Mobilization*, Oxford, Clarendon Press, 1978; David Hardiman, *Peasant Nationalists of Gujarat: Kheda District 1917-1934*, Delhi, Oxford University Press, 1981, y Majid Siddiqi, *Agrarian Unrest in North India: The United Provinces, 1918-22*, Nueva Delhi, Vikas, 1978.

Singh, un miembro menor dentro del gremio de historiadores, usó explícita e implícitamente consideraciones antropológicas para enfocarse en las transformaciones coloniales de la sociedad de *adivasis*, así como en los términos y consistencias de las respuestas y los movimientos anticoloniales de los *adivasis*.⁶⁴

Asimismo, al menos desde comienzos de la década de 1960, los enredos entre estas disciplinas hallaron articulaciones disímiles sobre el sur de Asia moderno y contemporáneo en la academia norteamericana. Aquí desempeñó un destacado papel la obra y la inspiración de gran alcance de Bernard S. Cohn, quien con el tiempo eludió y subvirtió los límites entre antropología e historia.⁶⁵ Si bien Cohn pertenecía a la primera generación de la antropología norteamericana de la posguerra que había sido entrenada para efectuar trabajo de campo continuo en las aldeas indias, él se resistió a la tentación de emprender un estudio meramente sincrónico. Por ejemplo, su trabajo de doctorado sobre los *chamars* de la aldea de Senapur en el norte de la India, efectuado en la década de 1850, se ocupó de los procesos de cambio social entre estos subalternos.⁶⁶ En unos pocos años, Cohn ensanchó sus investigaciones hacia diversas cuestiones de historia y antropología, basado en varias encrucijadas entre estas disciplinas.⁶⁷ A lo largo de los años sesenta, estos estudios, centrados en la India del norte, exploraron temas como la relación entre las políticas de rentas públicas y el cambio estructural, los niveles de integración política en regímenes pre-coloniales, y la conformación de la vida local y la práctica legal a través de los sistemas de ley colonial. Una gran parte de este

⁶⁴ K. Suresh Singh, *The Dust Storm and the Hanging Mist: A Study of Birsa Munda and his Movement, 1874-1901*, Calcuta, Firma KLM, 1966; K. Suresh Singh, "Colonial transformations of the tribal society in middle India", *Economic and Political Weekly*, 13, 1978, pp. 1221-1232, y K. Suresh Singh, *Tribal Society in India: An Anthropo-historical Perspective*, Delhi, Manohar, 1985. Véase también, K. Suresh Singh, *Birsa Munda and his Movement, 1874-1901: A Study of a Millenarian Movement in Chotanagpur*, Delhi, Oxford University Press, 1982.

⁶⁵ Para distintas evaluaciones de la obra de Cohn, véase Nicholas Dirks, "Foreword" en Bernard Cohn, *Colonialism and its Forms of Knowledge: The British in India*, Princeton, Princeton University Press, 1996, pp. IX-XVII; Axel, "Introduction: Historical anthropology", en particular pp. 7-9, y Ranajit Guha, "Introduction" en Cohn, *Anthropologist among the Historians*, pp. VII-XXVI.

⁶⁶ Cohn, *Anthropologist among the Historians*, caps. 11 y 12.

⁶⁷ Bernard Cohn, *India: The Social Anthropology of a Civilization*, Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1971.

trabajo se apoyó en materiales de archivos, aunque también estuvo influido por el trabajo de campo que Cohn había realizado anteriormente en la región.⁶⁸

Estos énfasis fueron seguidos por otras salidas a medida que Cohn giró su atención cada vez más hacia “la antropología histórica de la sociedad colonial en sí”.⁶⁹ La inquietud inicial de Cohn por la investigación de las bases históricas de las relaciones sociales en el sur de Asia no fue jamás olvidada. Antes bien, encontró nuevas configuraciones. Por ejemplo, durante los años setenta, la obra de Cohn sobre el desarrollo y la utilización del conocimiento colonial de la India se involucró con la “etnociología” de sus colegas McKim Marriott y Ronald Inden.⁷⁰ Dicho diálogo es evidente en el ensayo fundamental de Cohn sobre la Colección Imperial de 1877, celebrada para proclamar a la reina Victoria como emperatriz de la India, donde examina las formas y lógicas de la sociedad india a medida que entra en detalles sobre la constitución cultural y la transformación histórica de rituales y símbolos de la autoridad colonial y el poder imperial.⁷¹ Sin embargo, Cohn también reconoció cada vez más que las culturas coloniales de gobierno reestructuraron radicalmente la sociedad india. En ensayos escritos después de la década de 1980 sobre temas tan disímiles como usos coloniales del lenguaje, la ley y la vestimenta, Cohn se centró en las diversas dinámicas entre el conocimiento y el poder, y el colonizador y el colonizado.⁷² Cohn escribió dos provocativas y juguetonas piezas programáticas que reflejaban la relación entre la historia y la antropología, en ambas de las cuales se sentía en casa.⁷³ Estos textos tuvieron una amplia circu-

⁶⁸ Cohn, *Anthropologist among Historians*.

⁶⁹ Dirks, “Foreword”, p. XII.

⁷⁰ Algunos de los colegas antropólogos de Cohn que trabajaban sobre el sur de Asia también abordaron las cuestiones de temporalidad e historia de diversas maneras. Véase, por ejemplo, Ronald B. Inden, *Marriage and Rank in Bengali Culture: A History of Caste and Clan in Middle Period Bengal*, Berkeley, University of California Press, 1976; Milton B. Singer, *When a Great Tradition Modernizes: An Anthropological Approach to Indian Civilization*, Nueva York, Praeger, 1972. Véase también, Milton Singer and Bernard Cohn (eds.), *Structure and Change in Indian Society*, Chicago, Aldine, 1968.

⁷¹ Cohn, *Anthropologist among Historians*, cap. 23.

⁷² *Ibid.*; Cohn, *Colonialism and its Forms of Knowledge*.

⁷³ Bernard Cohn, “History and anthropology: The state of play”, *Comparative*

lación, tanto como ocurriera una generación antes con las reflexiones de Evans-Pritchard sobre el tema. Al mismo tiempo, en la totalidad de la obra de Cohn encontramos varias señales y formaciones incipientes de la antropología histórica.

Esto es particularmente cierto, puesto que sus investigaciones fueron frecuentemente continuadas y a veces acompañadas por los trabajos de otros estudiosos sobre temas similares, en especial de sus estudiantes. Por supuesto, tales investigaciones estuvieron a menudo influidas también por otras tendencias académicas. No obstante, pueden verse como articulaciones de un conjunto de temas que han sido traídos a colación por los escritos, las enseñanzas y la supervisión de Cohn.⁷⁴ Han de mencionarse estudios basados de forma explícita y diversa en las conjunciones entre la antropología y la historia: desde el estudio de los patrones de transformación social y económica a lo largo de los siglos XIX y XX en una única aldea del Punjab, hasta análisis de la estructura histórica de agrupaciones políticas a nivel local y sus interacciones con la maquinaria gubernamental estatal en parte del norte de la India,⁷⁵ y desde las discusiones de los mundos de templos a través del tiempo, hasta una “etnohistoria” de un “pequeño reino”. Cada uno de estos trabajos replantea los conceptos de casta y realeza al centrarse en los honores, favores y servicios reales y divinos que abarcan procesos de su redistribución y que son constitutivos de diferentes grupos, rangos e identidades.⁷⁶ Estas salidas

Studies in Society and History, 22, 1980, pp. 198-221; y Bernard Cohn, “Anthropology and history in the 1980s: Towards a rapprochement”, *The Journal of Interdisciplinary History*, 12, 1981, pp. 227-252.

⁷⁴ Es importante advertir que el impacto de la obra de Cohn también influyó en el mundo de la historiografía. Este impacto puede rastrearse hasta el modo como los textos de Cohn —acerca del censo, por ejemplo— eran capaces de abrir campos específicos de investigación hacia maneras de ser igualmente útiles para términos amplios de la indagación histórica. Cohn, *Anthropologist among Historians*, cap. 10; Frank F. Conlon, *A Caste in a Changing World: The Chitrapur Saraswat Brahmans, 1700-1935*, Berkeley, University of California Press, 1977; y David Lelyveld, *Aligarh's First Generation: Muslim Solidarity in British India*, Princeton, Princeton University Press, 1978.

⁷⁵ Tom G. Kessinger, *Vilyatpur 1848-1968: Social and Economic Change in a North Indian Village*, Berkeley, University of California Press, 1974; Richard G. Fox, *Kin, Clan, Raja and Rule*, Berkeley, University of California Press, 1971. Véase también, Richard G. Fox (ed.), *Realm and Region in Traditional India*, Durham, Duke University Press, 1977.

⁷⁶ Appadurai, *Worship and Conflict*; Arjun Appadurai y Carol Breckenridge,

fueron acompañadas por otros estudios que también combinaron la antropología y la historia como parte de distintas tradiciones académicas. Estos estudios, efectuados dentro y fuera de la academia estadounidense, entraron en detalles acerca de cuestiones de secta, casta y sus transformaciones,⁷⁷ configuraciones de parentesco y realeza en el sur de la India,⁷⁸ y la naturaleza ideológica de las representaciones (coloniales) etnográficas y oficiales de la India.⁷⁹

Desde la segunda mitad de la década de 1970, se pusieron en marcha importantes salidas en la historia del subcontinente. Las nuevas evaluaciones de los pasados del nacionalismo indio fueron a menudo decisivas para estas empresas. Al mismo tiempo, surgieron convergencias de significado. Las lecturas imaginativas de los materiales históricos fueron especialmente de interés: desde los registros de archivo convencionales, como documentos de administradores coloniales, hasta las primeras etnografías como fuentes históricas, y desde los registros vernáculos históricos antes calumniados hasta las diversas expresiones subalternas del pasado. Estas lecturas podían problematizar la naturaleza misma del archivo histórico así como los diálogos iniciales con otras orientaciones, como la lingüística estructural y la teoría crítica.⁸⁰ No menos destacados fueron los reco-

⁷⁷ The south Indian temple: Authority, honour, and redistribution”, *Contributions to Indian Sociology* (n. s.), 10, 1976, pp. 187-211; Dirks, *The Hollow Crown*. Ésta no es, claro, sino una lista de referencia. Otras obras que sugieren énfasis y arenas diversos son, entre otras, Paul Greenough, *Prosperity and Misery in Modern Bengal*, Nueva York, Oxford University Press, 1982; Richard G. Fox, *Lions of the Punjab: Culture in the Making*, Berkeley, University of California Press, 1985; y Nita Kumar, *The Artisans of Banaras: Popular Culture and Identity, 1880-1986*, Princeton, Princeton University Press, 1988.

⁷⁸ Richard Burghart, *The Conditions of Listening: Essays on Religion, History, and Politics in India*, C. J. Fuller y Jonathan Spencer (eds.), Delhi, Oxford University Press, 1996; Peter van der Veer, *Gods on Earth: The Management of Religious Experience and Identity in a North Indian Pilgrimage Centre*, Delhi, Oxford University Press, 1988; Susan Bayly, *Saints, Goddesses and Kings: Muslims and Christians in South Indian Society 1700-1900*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989; y D. H. A Kolff, *Naukar, Rajput, and Sepoy: The Ethnohistory of the Military Labour Market of Hindustan, 1450-1850*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

⁷⁹ Thomas Trautmann, *Dravidian Kinship*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982.

⁸⁰ Ronald Inden, *Imagining India*, Oxford, Basil Blackwell, 1990.

⁸⁰ Ranajit Guha, “The prose of counter-insurgency”, en Guha (ed.), *Subaltern Studies II*, pp. 1-42; Guha, *Elementary Aspects*; Gayatri Chakravorty Spivak, “Subaltern

nocimientos clave del carácter político innato de la escritura de la historia. En conjunto, surgieron nuevas cuestiones y se pusieron de relieve posibles conversaciones, como la investigación etnográfica, incrementando así el estudio del sur de Asia.⁸¹ Todo ello influido por los recientes contactos entre la historia y la antropología, las articulaciones de la antropología histórica.

Genealogías

El replanteamiento crítico de la historia como concepto y como entidad ha sido central para la antropología histórica. A continuación, subrayo cuatro series traslapadas de desarrollos que han abordado estas cuestiones. Si bien estas salidas provienen de las diversas intersecciones entre la escritura histórica y el esfuerzo antropológico, también han involucrado perspectivas de pensamiento crítico y teoría social.

En primer lugar, cada vez más se ha observado que las formas de conciencia histórica varían en dependencia de su grado de elaboración simbólica, su habilidad para penetrar múltiples contextos y su capacidad para capturar las imaginaciones de los pueblos. Tal reconocimiento incurre en las teorías que oponen las nociones cíclicas del pasado como característica del Oriente a las concepciones lineales de la historia como constitutiva de Occidente; tampoco evalúa meramente las distintas notaciones del tiempo en las culturas, proyectadas como entidades separadas y delimitadas. Más bien, este reconocimiento investiga los esquemas alterados que dividen los mundos sociales en los ámbitos encantados del mito y los ámbitos desencantados de la modernidad. Hace esto siguiéndole el rastro a las

Studies: Deconstructing historiography” en Guha (ed.), *Subaltern Studies IV*, pp. 330-363; y Rosalind O’Hanlon, “Recovering the subject: *Subaltern Studies* and histories of resistance in colonial South Asia”, *Modern Asian Studies*, 22, 1988, pp. 189-224.

⁸¹ Bernard Cohn, “The command of language and the language of command”, en Guha (ed.), *Subaltern Studies IV*, pp. 276-329; Veena Das, “Subaltern as perspective” en Guha (ed.), *Subaltern Studies VI*, pp. 310-324; Upendra Baxi, “The state’s emissary’: The place of law in Subaltern Studies”, en Chatterjee and Pandey (eds.), *Subaltern Studies VII*, pp. 257-264. Véase también, Sherry Ortner, “Resistance and the problem of ethnographic refusal”, *Comparative Studies in Society and History*, 37, 1995, pp. 173-193.

articulaciones y comprensiones de la historia, formada por procesos intercalados y conflictivos de significado y autoridad.⁸² Están latentes las exploraciones de la variabilidad y la mutabilidad que pueden ser inherentes a las percepciones y prácticas del pasado de las comunidades históricas, así como a las indagaciones sobre la persistencia de la oposición entre mito e historia en las proyecciones, las exploraciones y las indagaciones autoritarias que están atentas al incesante intercambio entre poder y diferencia.⁸³

En segundo lugar, de formas muy diversas se ha admitido desde hace un tiempo que la historia no sólo se refiere a los eventos y procesos externos, sino que existe también como un recurso negociado en el centro de las configuraciones cambiantes de los mundos sociales.⁸⁴ Más cercano a nuestra época, el reclamo pasado acerca de las afirmaciones de autoridad y alteridad ha propiciado otro giro en estos patrones al elaborarse sobre las oposiciones de la modernidad. Colocar en primer plano estas apropiaciones y enunciaciones del pasado como temas importantes para la antropología y la historia no signifi-

⁸² Véanse también los capítulos de Ravindra K. Jain, Saurabh Dube, Susan Visvanathan e Ishita Banerjee-Dube en Saurabh Dube (ed.), *Historical Anthropology*, Nueva Delhi y Nueva York, Oxford University Press, 2007; Shail Mayaram, *Against History, Against State: Counterperspectives from the Margins*, Delhi, Permanent Black, 2004; y Yasmin Saikia, *Fragmented Memories: Struggling to Be Tai-Ahom in India*, Durham, Duke University Press, 2004. Véase también, Wendy Singer, *Creating Histories: Oral Narratives and the Politics of History-Making*, Delhi, Oxford University Press, 1997; los capítulos de Ajay Skaria, Ann Gold y Bhoju Ram Gujar, y Paul Greenough en Dube (ed.) *Historical Anthropology*; y Velcheru Narayana Rao et al., *Textures of Time: Writing History in South India*, Delhi, Permanent Black, 2001.

⁸³ Shahid Amin, *Event, Metaphor, Memory: Chauri Chaura 1922-1992*, Berkeley, University of California Press, 1996; Ann Gold y Bhoju Ram Gujar, *In the Time of Trees and Sorrows: Nature, Power, and Memory in Rajasthan*, Durham, Duke University Press, 2002; Ajay Skaria, *Hybrid Histories: Forest, Frontiers and Wildness in Western India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1999; S. Dube, *Untouchable Pasts: Religion, Identity, and Power among a Central Indian Community, 1780-1950*, Albany, State University of New York Press, 1998; Prathama Banerjee, "Re-presenting pasts: Santals in nineteenth-century Bengal", en Chatterjee and Ghosh (eds.), *History and the Present*, pp. 242-273; e I. Banerjee-Dube, *Troubled Times: Religion, Law, and Power in Eastern India*, Londres, Anthem Press, 2006.

⁸⁴ Véanse los capítulos de A. Appadurai e I. Banerjee-Dube en Dube (ed.), *Historical Anthropology*; Ajay Skaria, "Writing, orality, and power in the Dangs, western India, 1800s-1920s", en Amin and Chakrabarty (eds.) *Subaltern Studies IX*, pp. 13-58, y Dube, *Untouchable Pasts*. Véase también, Daud Ali (ed.), *Invoking the Past: The Uses of History in South Asia*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1999.

ca sostener que cada una de ellas sea válida por igual. Al contrario, significa rastrear los usos del pasado y su validez antagónica en la creación de mundos y ubicar la presencia del poder en la producción de la historia.⁸⁵

En tercer lugar, las exploraciones imaginativas de los pasados de los pueblos subalternos y los grupos elitistas, en conjunción con las interrogaciones energéticas de las concepciones únicas de la historia universal, han tenido consecuencias significativas. Ha habido una apertura hacia temas críticos que consideran la unión entre la escritura de la historia y la idea de la nación bajo regímenes modernos. ¿Acaso deben todas las historias ser historias nacionales? ¿Por qué el esfuerzo histórico, que incluye sus manifestaciones críticas, sigue siendo determinado por la impronta de la nación? ¿Qué formas debería adoptar una práctica alternativa de la escritura de la historia?⁸⁶ Estas preguntas han estado acompañadas por revisiones continuas de la presencia inquietante de un Occidente deificado en las creencias difundidas en el progreso histórico. ¿Acaso el registro de la historia es fundamentalmente el registro de la presencia del progreso en algunas sociedades y su ausencia en otras? ¿Cómo deberíamos entender las expectativas subyacentes del progreso en el pasado y del desarrollo en el presente, un callejón en el tiempo enmarcado como el sello distintivo de la historia, en los esquemas académicos y en las comprensiones cotidianas? ¿Cuál ha sido el lugar de Europa al significar el punto de salida y llegada en el camino del progreso y la modernidad en los terrenos occidentales y no occidentales? En resumen, todo esto ha colocado un signo de interrogación en las proye-

⁸⁵ Michel-Rolph Trouillot, *Silencing the Past: Power and the Production of History*, Boston, Beacon Press, 1995; Saikia, *Fragmented Memories*; Shahid Amin, "On retelling the Muslim conquest of north India", en Chatterjee y Ghosh (eds.), *History and the Present*, pp. 24-43; Skaria, *Hybrid Histories*; I. Banerjee-Dube, "Taming traditions: Legalities and histories in eastern India", en Bhadra, Prakash y Tharu (eds.), *Subaltern Studies X*, pp. 98-125.

⁸⁶ Gyanendra Pandey, *Routine Violence: Nations, Fragments, Histories*, Stanford, Stanford University Press, 2005; Amin, *Event, Metaphor, Memory*; Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton, Princeton University Press, 2000, y Dube (ed.), *Postcolonial Passages*. Véase también, Ashis Nandy, "History's forgotten doubles", *History and Theory*, 34, 1995, pp. 44-66, y Vinay Lal, *The History Of History: Politics And Scholarship In Modern India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2003.

ciones predominantes de Occidente y de la nación como historia, modernidad y destino.⁸⁷ Dichos términos de discusión han atraído y expandido las críticas de una razón arbitraria y las oposiciones perdurables del conocimiento moderno. También han formado parte de interpretaciones imaginativas y críticas del Estado, la nación, la modernidad y la globalización. Más adelante retomaré estos puntos.

En cuarto y último lugar, es evidente que hacer uso y participar de estos esfuerzos multilaterales por reconsiderar las disciplinas no supone necesariamente rehuir de la tarea de escribir la historia, en especial de maneras etnográficas y críticas. Al acercarse al pasado y al presente, dichos esfuerzos de escritura de la historia pueden contener el impulso para investigar y declarar con cautela el deseo de narrar y describir cuidadosamente, conservando la responsabilidad que implica el desafío de reconsiderar cuestiones inextricables como la memoria y el trauma. Los esfuerzos toman muy seriamente los requerimientos de evidencia y fidelidad a los hechos. Sin embargo, también pueden tamizar la evidencia histórica mediante filtros críticos y hechos de interpretación imprevistos que den voz a ecos agitados de dudas restrictivas en lugar de tratar con certezas agresivas.⁸⁸ Estas amplias articulaciones de la historia se manifiestan de distintos modos en los estudios sobre el sur de Asia.

Comunidades

No debe sorprendernos que las reconfiguraciones de la historia hayan estado acompañadas por reconsideraciones de comunidad en las transformaciones mutuas del conocimiento histórico y la comprensión antropológica. La investigación perspicaz de las proyecciones dominantes de la comunidad como una entidad ineluctablemente anacrónica y harto limitada —una que

⁸⁷ For instance, Chakrabarty, *Provincializing Europe*; Dipesh Chakrabarty, *Habitations of Modernity: Essays in the Wake of Subaltern Studies*, Chicago, University of Chicago Press, 2002; Dube, *Stitches on Time*; y Dube (ed.), *Enduring Enchantments*.

⁸⁸ Peter Redfield, *Space in the Tropics: From Convicts to Rockets in French Guiana*, Berkeley, University of California Press, 2000; Dube, *Stitches on Time*.

ofrece/muestra una interacción cercana entre sus miembros, que conlleva lealtad a vetustas costumbres y tradiciones primordiales, que tiende al consenso en su expresión—ha tenido graves consecuencias. Las comunidades llegaron a ser entendidas como participantes activos en los amplios procesos del colonialismo y el imperio, la formación del Estado y la modernidad, la nación y el nacionalismo. Estas comunidades se han revelado como jugadores históricos que imbuyen estos procesos con sus propios términos y texturas, que articulan lo “oral” y lo “escrito”—la “tradición” y la “costumbre”—de formas fascinantes. De modo similar, se ha salvado a estas comunidades de ser absorbidas por análisis omnicomprensivos que las conciben como recreadoras perpetuas de la integración y el consenso de su constitución y elaboración. Antes bien, las comunidades han sido entendidas como insertas en diversas relaciones de significado y poder, como acceso y exceso de autoridad con el fin de negociar, cuestionar y subvertir de modos heterogéneos y cambiantes los esquemas de dominación que apuntalan los mundos sociales.

Existen tres series de orientaciones diferentes y superpuestas que han influido sobre estas reconsideraciones, lo que significa, por supuesto, que en la antropología histórica se ha explicado a las comunidades de diversos modos. Para comenzar, los estudios etnográficos e históricos se han enfocado no sólo en los “componentes simbólicos de la conciencia comunitaria”, sino también en la “naturaleza simbólica de la idea de comunidad misma”, en especial según ha sido expresada en las formaciones de sus límites.⁸⁹ Al mismo tiempo, el énfasis en la construcción simbólica de la comunidad ha estado acompañado por intentos de incluir en el concepto una gran heterogeneidad. Ello ha supuesto exploraciones de numerosos significados de comunidad interpretados por sus miembros, comprendiendo su simbolización y elaboración de límites que dan sustento a sus diferencias e identidades. También supuso ubicar la locación constitutiva de la comunidad dentro de los diversos procesos de poder, así como el reconocimiento de sus divisiones

⁸⁹ Anthony Cohen, *The Symbolic Construction of Community*, Londres, Routledge, 1989, p. 14.

internas, articuladas a lo largo de los ejes de propiedad, género y oficio o cargo.⁹⁰

Estos acentos se han entrecruzado con varios retratos de comunidades, los cuales cuestionan y refutan los proyectos dominantes de significado y poder, incluso aquellos sobre imperio y nación. Ello ha sido particularmente característico de los investigadores en el subcontinente indio, donde el empeño colectivo de los estudios subalternos ha ejercido una importante influencia. Ahora bien, ya he advertido con anterioridad que las primeras encarnaciones de este proyecto pudieron estar limitadas por sus concepciones de acción, cultura y tradición de las comunidades subalternas y que tal vez desatendieron las fisuras internas de estas agrupaciones al presentarlas de manera homogénea. Del mismo modo, estas preocupaciones por la agencia, la autonomía y la resistencia de las comunidades subalternas han conducido a extensos resultados. Tanto dentro como fuera de la empresa de los estudios subalternos, estas preocupaciones han implicado reconocimientos importantes e interpretaciones imaginativas de tales comunidades como actores históricos sobresalientes, aclarando su desafío a la autoridad de manera histórica y etnográfica.⁹¹ Más recientemente, ha ocurrido un gran cambio dentro de los estudios subalternos,

⁹⁰ Véanse los capítulos de Nandini Sundar, Gyanendra Pandey, Susan Visvanathan, Ajay Skaria, Saurabh Dube y Shail Mayaram en Dube (ed.) *Historical Anthropology; Harjot Oberoi, The Construction of Religious Boundaries: Culture, Identity, and Diversity in the Sikh Tradition*, Chicago, University of Chicago Press, 1994; Rowena Robinson, *Conversion, Continuity, and Change: Lived Christianity in Southern Goa*, Nueva Delhi, Sage, 1998; Prem Chowdhry, *The Veiled Woman: Shifting Gender Equations in Rural Haryana 1880-1980*, Delhi, Oxford University Press, 1994; Piya Chatterjee, *A Time for Tea: Women, Labor, and PostColonial Politics on an Indian Plantation*, Durham, Duke University Press, 2001; Dube (ed.), *Postcolonial Passages*; Malavika Kasturi, *Embattled Identities: Rajput Lineages and the Colonial State in Nineteenth-Century North India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2002; Charu Gupta, *Sexuality, Obscenity, and Community: Women, Muslims, and the Hindu Public in Colonial India*, Delhi, Permanent Black, 2002, y Sandra Freitag, *Collective Action and Community: Public Arenas and the Emergence of Communalism in North India*, Berkeley, University of California Press, 1990.

⁹¹ Véanse los capítulos de Ranajit Guha y S. Dube en Dube (ed.), *Historical Anthropology*; Shail Mayaram, *Resisting Regimes: Myth, Memory and the Shaping of a Muslim Identity*, Delhi, Oxford University Press, 1997; David Hardiman, *The Coming of the Devi. Adivasi Assertion in Western India*, Delhi, Oxford University Press, 1987, y Anand Pandian, "Securing the rural citizen: The anti-Kallar movement of 1896", *The Indian Economic and Social History Review*, 42, 2005, pp. 1-39.

desde la reconstrucción de los pasados de grupos subordinados hasta el análisis de la colonia y la nación como expresiones monumentales del poder moderno. La figura de la comunidad ha realizado distintas apariciones en este punto. Las discusiones se han extendido desde el lugar de la comunidad como elemento clave de la modernidad, que sin embargo escapa intrínsecamente a su poder disciplinario, hasta sus transformaciones contemporáneas, ligadas a técnicas emergentes de administración gubernamental,⁹² y desde la presencia de la comunidad como un fenómeno ya/siempre “fragmentado”, hasta su inextricable entrelazamiento con las narrativas de la nación.⁹³ Una vez más, diversos estudiosos exploran hoy las articulaciones de la comunidad a través de nociones como género y raza, modernidad y Estado, pensamiento político y teoría social.

Sin duda, las recientes reconfiguraciones de la categoría han sido útiles a partir de los estudios detenidos sobre las duraderas oposiciones de los mundos modernos, incluyendo la antinomia entre comunidad y Estado. Estos estudios han estado influidos por la crítica de una razón que se centra en el sujeto, una racionalidad que determina el significado y sus dualidades jerárquicas. También ha planteado grandes desafíos a los binarios analíticos de las disciplinas modernas, al tiempo que cuestiona las atractivas interpretaciones de otredad y proyecciones perdurables del progreso, estrechamente en relación con plantillas totalitarias de la historia universal y los proyectos exclusivos de la modernidad occidental.⁹⁴ Los efectos de dichos procedimientos se han hecho sentir en el replanteamiento crítico y en pugna no sólo de la comunidad y la historia, sino también del imperio y la nación, por un lado, y la cultura y el poder, por el otro.

⁹² Partha Chatterjee, *The Nation and its Fragments: Colonial and Postcolonial Histories*, Princeton, Princeton University Press, 1993; Partha Chatterjee, *The Politics of the Governed: Reflections on Popular Politics in Most of the World*, Nueva York, Columbia University Press, 2004.

⁹³ S. Dube, “Presence of Europe: A cyber-conversation with Dipesh Chakrabarty”, en Dube (ed.), *Postcolonial Passages*, pp. 254-262; Amin, *Event, Metaphor, Memory*.

⁹⁴ Por ejemplo, Skaria, *Hybrid Histories*; Banerjee-Dube, *Troubled Times*; Dube, *Untouchable Pasts*, y Chakrabarty, *Provincializing Europe*.

Imperio y nación

Ni la colonia y el imperio, ni la nación y el nacionalismo son nuevos para la antropología y la historia.⁹⁵ Al mismo tiempo, los recientes cruces decisivos entre la historia y la antropología han derivado en nuevas interpretaciones de estas categorías y entidades. En relación con la colonia y el imperio, podemos iniciar con dos tendencias generales que han coincidido y, al mismo tiempo, disentido. Ambas han partido de y han roto con los análisis antropológicos e históricos que debatieron las complicidades entre la práctica antropológica y los proyectos coloniales, crearon informes detallados acerca de los sistemas económicos y las estructuras sociales generadas bajo el imperio y siguieron la trayectoria de las respuestas de los colonizados ante los procesos de colonización.⁹⁶

Por una parte, un impresionante número de investigaciones actuales ha analizado con detalle las continuas suposiciones relacionadas con la colonia y el imperio como esquemas bien articulados de explotación económica, control social y dominación política. Los análisis más recientes, por su parte, han explicado la colonia y el imperio como procesos accidentados y contendientes de la cultura y la historia. También se han ocupado fundamentalmente de las prácticas, los significados, los símbolos y los límites de los emplazamientos coloniales de personas euroamericanas como misioneros, administradores y colonos de comunidades, con el propósito de identificar las contradicciones constituyentes y las elaboraciones opuestas de las culturas coloniales. Por otra parte, un conjunto influyente de investigaciones ha partido de la crítica literaria y de la teoría crítica para enfocarse en representaciones imperiales, en especial de los pueblos colonizados, que forman proyectos más amplios de dominación discursiva bajo el colonialismo. Estos trabajos, además, han subrayado la complicidad entre las imaginaciones imperiales anteriores y las interpretaciones académicas contemporáneas de los territorios no occidentales. Notables intervenciones, a menudo articuladas como perspectivas anti-

⁹⁵ Véase Dube, "Terms that bind", pp. 6-8.

⁹⁶ Para una discusión de los entendimientos previos de la colonia y el imperio, véanse, entre otros, Sarkar, *Writing Social History*, pp. 24-49.

humanistas, han cuestionado desde ángulos diferentes la ética de la eficacia indiscutible de los proyectos coloniales. Cuantiosos estudios críticos también han hecho uso de materiales históricos para localizar dónde y cómo interactúan la construcción, la elaboración y la institucionalización de los límites raciales, las identidades de género y las divisiones de clase en las exploraciones de las imaginaciones imperiales, las culturas coloniales y las arenas poscoloniales.⁹⁷

Ambas tendencias han influido de diversas formas en las discusiones sobre colonia e imperio en el sur de Asia. Al mismo tiempo, en el contexto de los estudios sobre el subcontinente, una línea divisoria bien diferenciada, con frecuencia considerada como una línea de falla, entre las concepciones contendientes del colonialismo, ha influido en igual medida en las obras sobre el imperio.⁹⁸ Al respecto, algunos ensayos sobresalientes sobre los siglos XVIII y XIX en la India, que han revisado nuestras comprensiones de este periodo, basan las cuestiones de culturas coloniales principalmente en temas de formación de Estado y procesos de economía política. No resulta sorprendente que estos trabajos puedan conferir algo de privilegio heurístico innato a las continuidades en el Estado y la sociedad entre los régímenes indios y el dominio colonial. A la inversa, en una parte considerable de los trabajos innovadores sobre los pasados de la India en el núcleo de los estudios subalternos y poscoloniales, los términos de poder colonial aparecen habitualmente como proposiciones irrefutables de la historia. De aquí se desprende que en estos escritos las consideraciones amplias de las culturas coloniales no coincidan bien con los principios supuestos del poder imperial, que puede permitirse una prerrogativa analítica *a priori* ante la introducción por parte del dominio colonial de supuestas rupturas en la historia del subcontinente. Ahora bien, resulta crucial advertir que los primeros énfasis insinúan la envergadura de atender los atributos particulares y los límites de los procesos coloniales; los argumentos posteriores anuncian la importancia de investigar

⁹⁷ Elaboraciones conceptuales más amplias de estas dos tendencias —basadas en obras escritas en diferentes partes del mundo— incluyen Stoler y Cooper, “Between metropole and colony”, y Dube, “Terms that bind”, pp. 8-12.

⁹⁸ Los argumentos de este párrafo están basados en Dube, *Stitches on Time*.

los amplios efectos y condiciones del poder imperial. Es de esta forma como podemos mantener las posibilidades productivas de estas orientaciones contrarias hacia el colonialismo y el imperio.

¿Cuáles son los cambios que han sido posibles gracias a las intersecciones actuales entre la antropología y la historia en los estudios sobre imperio y colonia en el sur de Asia? Para comenzar, estas transformaciones se manifiestan profundamente en los rechazos críticos por tratar los pasados de las colonias como meros pies de página o apéndices de la historia de las metrópolis, una tendencia dominante que concibe a esta última como si dotara a la primera con la civilización occidental y el gobierno europeo. Los ensayos recientes, por el contrario, han analizado las íntimas relaciones entre la metrópolis y la colonia. Estos estudios han tenido en cuenta análisis anteriores y discusiones contemporáneas de las historias imperiales y las culturas coloniales como provenientes de interacciones de gran alcance entre el colonizador y el colonizado. También han considerado de manera crucial la conformación mutua de los procesos europeos y las prácticas coloniales, indagando imaginativamente sobre la forma en que los desarrollos en los imperios lejanos pudieron provocar cambios en la metrópoli.⁹⁹

Además, los trabajos actuales en la antropología histórica han interrogado con agudeza las proyecciones de colonialismo como un proyecto homogéneo o un esfuerzo monolítico. De distintas maneras, han considerado las divisiones trascendentales entre los diferentes agentes del colonialismo y las diversas agendas del imperio. Como ya he advertido, aquí se ubican las discusiones sobre las representaciones y las prácticas, así como los límites y contradicciones de agentes imperiales, de las comunidades de colonos y misioneros evangélicos en las colonias, lo

⁹⁹ Véanse los capítulos de Uday Mehta, Peter van der Veer y Bernard Cohn en Dube (ed.), *Historical Anthropology*; Sudipta Sen, *Distant Sovereignty: National Imperialism and the Origins of British India*, Nueva York, Routledge, 2002; Sumathi Ramaswamy, *The Lost Land of Lemuria: Fabulous Geographies, Catastrophic Histories*, Berkeley, University of California Press, 2004; Michael H. Fisher, *Counterflows to Colonialism: Indian Travellers and Settlers in Britain, 1600-1857*, Delhi, Permanent Black, 2004, y Antoinette M. Burton, *At the Heart of the Empire: Indians and the Colonial Encounter in Late-Victorian Britain*, Berkeley, University of California Press, 1998.

cual significa enfocarse no sólo en las poblaciones colonizadas sino también en los colonizadores.¹⁰⁰ Al mismo tiempo, las indicaciones sobre las articulaciones plurales del imperio han dado a conocer entendimientos sobre las transformaciones de casta y realeza, comunidad y parentesco, bajo el dominio colonial.¹⁰¹ Estas discusiones ofrecen consideraciones incompletas de las transformaciones ambientales bajo los regímenes imperiales.¹⁰² En conjunto, dichos énfasis han sugerido además la importancia de examinar cómo los intereses encontrados y las visiones antagónicas del imperio de los diferentes actores locales pudieron llegar a manejar un único proyecto colonial.

Finalmente, las diversas dimensiones de las culturas coloniales han hallado una expresión crítica en la antropología histórica. Están en juego formas variadas y traslapadas, a su vez implicadas por la colonia y el imperio, las cuales se han explorado de modo heterogéneo dentro del campo: las numerosas modalidades de conocimiento y poder expresadas en los discursos y las prácticas coloniales;¹⁰³ las articulaciones imperiales de

¹⁰⁰ Véanse los capítulos de John Kelly y Nicholas Dirks en Dube (ed.), *Historical Anthropology*; Cohn, *Colonialism and its Forms of Knowledge*; Piya Chatterjee, *Time for Tea*; Guha, "Not at home in empire", en Dube (ed.), *Postcolonial Passages*, pp. 38-46; E. M. Collingham, *Imperial Bodies: The Physical Experience of the Raj, C. 1800-1947*, Cambridge, Polity Press, 2001; Dane Kennedy, *The Magic Mountains: Hill Stations and the British Raj*, Berkeley, University of California Press, 1996; Dube, *Stitches on Time*, en particular cap. 1, y Dirks, *Castes of Mind*. Véase también, Thomas Metcalf, *Ideologies of the Raj*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

¹⁰¹ Pamela Price, *Kingship and Political Practice in Colonial India*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996; I. Banerjee-Dube, *Divine Affairs: Pilgrimage, Law and the State in Colonial and Postcolonial India*, Shimla, Indian Institute of Advanced Study, 2001; David W. Rudner, *Caste and Capitalism in Colonial India: The Nattukottai Chettiar*, Berkeley, University of California Press, 1994; G. Arunima, *There Comes Papa: Colonialism and the Transformation of Matriliney in Kerala, Malabar, c. 1850-1940*, Hyderabad, Orient Longman, 2003, y Veena Naregal, *Language Politics, Elites and the Public Sphere: Western India under Colonialism*, Londres, Anthem Press, 2002.

¹⁰² Ramachandra Guha, *The Unquiet Woods: Ecological Change and Peasant Resistance in the Himalaya*, Berkeley, University of California Press, 1990; K. Sivaramakrishnan, *Making Forests: Statemaking and Environmental Change in Colonial Eastern India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1999; Skaria, *Hybrid Histories*, y Gold y Gujar, *In the Time of Trees and Sorrows*. Véase también Sumit Guha, *Environment and Ethnicity in India, 1200-1991*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

¹⁰³ Véanse los capítulos de John Kelly, K. Sivaramakrishnan y Paul Greenough en Dube (ed.), *Historical Anthropology*; Martha Kaplan, "Panoptican in Poona: An essay on Foucault and colonialism", *Cultural Anthropology*, 10, 1995, pp. 85-98; Scott, *Formations of Ritual*; Gyan Prakash, *Another Reason: Science and the Imagination of*

espacio, crimen y cuerpo,¹⁰⁴ y las políticas relativas al arte, la representación popular, el viaje, los museos y el consumo.¹⁰⁵ El espíritu crítico de este trabajo se ha ampliado mediante otros dos desarrollos, a saber: los ensayos de la antropología y la historia que se han centrado en el obligatorio trabajo de género como una causa que influye, moldea y estructura los procesos de las culturas del colonialismo, incluyendo los términos de sexualidad y raza en el imperio, por un lado;¹⁰⁶ y la manera en la que no pocos de los análisis arriba mencionados han reconsiderado el pasado y el presente de las disciplinas, especialmente sin pasar por alto sus vínculos con las culturas de la colonia y la nación, por el otro.¹⁰⁷

Modern India, Princeton, Princeton University Press, 1999; Richard S. Smith, *Rule by Records: Land Registration and Village Custom in Early British Panjab*, Delhi, Oxford University Press, 1996; Carol Breckenridge and Peter van der Veer (eds.), *Orientalism and the Postcolonial Predicament: Perspectives on South Asia*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1993, y Metcalf, *Ideologies of the Raj*.

¹⁰⁴ Manu Goswami, *Producing India: From Colonial Economy to National Space*, Chicago, University Of Chicago Press, 2004; Mathew H. Edney, *Mapping an Empire: The Geographical Construction of British India, 1765-1843*, Chicago, University Of Chicago Press, 1997; Ian Barrow, *Making History, Drawing Territory: British Mapping in India, C. 1756-1905*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2003; David Arnold, *Colonizing the Body: State Medicine and Epidemic Disease in Nineteenth-Century India*, Berkeley, University of California Press, 1993; Collingham, *Imperial Bodies*; Satadru Sen, *Disciplining Punishment: Colonialism and Convict Society in the Andaman Islands*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2000, y Meena Radhakrishna, *Dishonoured by History: "Criminal Tribes" and British Colonial Policy*, Hyderabad, Orient Longman, 2001.

¹⁰⁵ Carol Breckenridge, "The aesthetics and politics of colonial collecting: India at world fairs", *Comparative Studies in Society and History*, 39, 1989, pp. 195-221; Tapani Guha-Thakurta, *Monuments, Objects, Histories: Art in Colonial and Post-Colonial India*, Nueva York, Columbia University Press, 2004; Metcalf, *An Imperial Vision*; Christopher Pinney, *Camera Indica: The Social Life of Indian Photographs*, Chicago, University of Chicago Press, 1997; Daniel J. Rycroft, *Representing Rebellion: Visual Aspects of Counter-Insurgency in Colonial India*, Delhi, Oxford University Press, 2005; A. R. Venkatachalapathy, *In Those Days there was No Coffee: Writings on Cultural History*, Nueva Delhi, Yoda Press, 2006; Emma Tarlo, *Clothing Matters: Dress and Identity in India*, Chicago, University of Chicago Press, 1996.

¹⁰⁶ Mrinalini Sinha, *Colonial Masculinity: The "Manly Englishman" and the "Effeminate Bengali" in the Late Nineteenth Century*, Manchester, Manchester University Press, 1995; Lata Mani, *Contentious Traditions: The Debate on Sati in Colonial India*, Berkeley, University of California Press, 1998; Indrani Chatterjee, *Gender, Slavery and Law in Colonial India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1999, y Kumkum Sangari y Sudesh Vaid (eds.), *Recasting Women: Essays in Indian Colonial History*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1990.

¹⁰⁷ La inspección de los vínculos de las disciplinas con el archivo colonial ha desempeñado un papel muy importante. Axel, "Introduction: Historical anthropolo-

Las conjunciones críticas entre la antropología y la historia han desempeñado una función destacada en las reformulaciones de los acercamientos a la nación y el nacionalismo. Obras importantes han estudiado detenidamente las suposiciones previas y las predilecciones presentes en relación con naciones y nacionalismos, en cuanto expresan ideas innatas, patrones primordiales y diseños perennes. También han interrogado las formas en las cuales las variedades de las interpretaciones del pasado pueden estar ligadas, diferenciada e íntimamente, a retratos autoritarios —de hecho, biográficos— de los Estados-nación y los esfuerzos nacionalistas, cada uno entendido como imagen y práctica. En este cuestionamiento, los reconocimientos perspicaces de que las naciones, los nacionalismos y las culturas nacionales se enumeran entre las características más trascendentales de los tiempos modernos, han tenido un papel clave, aunque muestran atributos de lo que Benedict Anderson ha llamado “comunidades imaginadas”, lo que a menudo supone procesos que giran alrededor del “capitalismo de imprenta” y reorientaciones del tiempo y el espacio bajo la modernidad.¹⁰⁸ Después de estos reconocimientos y de la articulación de sensibilidades antiesencialistas, ha habido estudios sagaces sobre la construcción histórica de naciones, nacionalismos y culturas nacionales como proyectos y procesos de poder. En este punto, varias etnografías e historias han comulgado con las discusiones sociológicas y las exploraciones literarias con el propósito no sólo de cuestionar las comprensiones consabidas de estas categorías y entidades, sino de indagar sus diversas creaciones y sus formidables fabricaciones.¹⁰⁹ Al mismo tiempo, otros

gy”, p. 15, y Tony Ballantyne, “Rereading the archive and opening up the nation-state: Colonial knowledge of South Asia”, en Antoinette M. Burton (ed.), *After the Imperial Turn: Thinking With and Through the Nation*, Durham, Duke University Press, 2003, pp. 102-121.

¹⁰⁸ Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 1983.

¹⁰⁹ Véanse los capítulos de Emma Tarlo y Shail Mayaram, en Dube (ed.), *Historical Anthropology; Pandey, Remembering Partition*; Peter van der Veer, *Religious Nationalism: Hindus and Muslims in India*, Berkeley, University of California Press, 1994; Sumathi Ramaswamy, *Passions of the Tongue: Language Devotion in Tamil India, 1891-1970*, Berkeley, University of California Press, 2001; Joseph S. Alter, *Gandhi's Body: Sex, Diet, and the Politics of Nationalism*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2000. Véase también, Vasudha Dalmia, *The Nationalization of Hindu Traditions: Bharatendu*

esfuerzos afines han subrayado la importancia de averiguar los modos en que las prácticas ideológicas y los desempeños pedagógicos que interpretan la nación y el nacionalismo con asiduidad, adquieren una presencia enérgica en el mundo, mientras asumen atributos mundanos y dominantes.¹¹⁰

Estos énfasis se vieron apoyados por análisis que subrayan las distinciones y diferencias en el centro de las elaboraciones de naciones y nacionalismos, considerando particularmente sus expresiones subalternas, sus manifestaciones anticoloniales y sus dimensiones de géneros. El proyecto de estudios subalternos y desarrollos académicos asociados ha conducido a numerosas exploraciones de los lenguajes y las trayectorias de una amplia gama de esfuerzos subalternos. En contra del desarrollo de propuestas nacionalistas y de proyecciones instrumentales referidas a la pasividad política de los estratos más bajos, estos análisis han mostrado que en el ancho terreno de la política anticolonial, las empresas subalternas siguieron un proceso creativo de elusión y subversión de ideas, símbolos y prácticas que definen el nacionalismo dominante. Estas iniciativas articularon así una política suplementaria con distintas visiones de la nación y expresiones particulares de nacionalismo que incurrió en y rebasó las metas y estrategias de un liderazgo que por lo general dimanó de la clase media. Si extendiéramos los términos de estas discusiones, no sería de sorprender que el énfasis dado al hecho de que los nacionalismos anticoloniales de la clase media encarnara en sus propios atributos de diferencia y distinción, más allá de las semejanzas de la nación en el espejo de Europa. Al recurrir y cambiar las tradiciones europeas democráticas y republicanas y los principios de la Ilustración y la postIlustración, dichos esfuerzos tradujeron y transformaron los ideales de la nación soberana y las imágenes del ciudadano libre mediante potentes filtros de la patria sojuzgada y el sujeto colonizado.¹¹¹ Con acentos disímiles, otros acer-

Harishchandra and Nineteenth-Century Banaras, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1999.

¹¹⁰ Considerense, por ejemplo, los énfasis de Christopher Pinney en *Photos of the Gods: The Printed Image and Political Struggle in India*, Londres, Reaktion Books, 2004; Amin, *Event, Metaphor, Memory*, y de Butalia en *Other Side of Silence*.

¹¹¹ Elaboro estas cuestiones en Dube, *Stitches on Time*.

camientos críticos han puesto al descubierto temas de la presencia de género y del lugar que ocupan las mujeres en las formaciones de la nación y las articulaciones del nacionalismo. La atención se ha extendido, por ejemplo, desde el mapeo de la nación en términos de domesticidad y la interpretación de género de la patria como una figura femenina, hasta los términos de la participación de las mujeres en el nacionalismo y las ambigüedades de su definición como sujetos-ciudadanos.¹¹² De tal manera, el análisis de género ha interrogado con agudeza los atributos de autoridad y alteridad en el corazón de naciones y nacionalismos, en sus encarnaciones dominantes y subalternas, tanto en el pasado como en el presente.

Todo lo antes mencionado ha significado también que las obras sobresalientes dentro de la antropología histórica han investigado las condiciones y opiniones de nación y Estado, examinando especialmente sus asociaciones íntimas, familiares y reveladoras, aunque también sus relaciones desconocidas, contingentes y antagónicas con el poder moderno y las transacciones globales. En lugar de aceptar el espacio y el tiempo de la nación como coordenadas analíticas establecidas, los trabajos recientes han explorado la interacción entre los imperativos de la nación y el nacionalismo y los procesos transnacionales, examinando de manera crítica cómo uno puede ser inextricablemente insertado en el otro.¹¹³ Otros estudios se han enfocado en el Estado-nación y en la implicación de una serie de disciplinas que suelen enfrentarse y las cuales normalizan y ordenan la sociedad, con lo que traen a colación lo que Hansen y Stepputat han resumido como los tres lenguajes “prácticos” del gobierno y los tres lenguajes “simbólicos” de la autoridad, cruciales en el entendimiento del Estado y la nación.¹¹⁴ Las pedago-

¹¹² Kamala Viswesaran, “Small speeches, subaltern gender: Nationalist ideology and its historiography”, en Amin and Chakrabarty (eds.), *Subaltern Studies IX*, pp. 83-125; Tanika Sarkar, *Hindu Wife, Hindu Nation: Community, Religion, and Cultural Nationalism*, Delhi, Permanent Black, 2001, y Anupama Roy, *Gendered Citizenship: Historical and Conceptual Explorations*, Hyderabad, Orient Longman, 2005.

¹¹³ Brian K. Axel, *The Nation's Tortured Body: Violence, Representation, and the Formation of the Sikh "Diaspora"*, Durham, Duke University Press, 2001, y el capítulo de Peter van der Veer en Dube (ed.), *Historical Anthropology*.

¹¹⁴ Thomas Blom Hansen y Finn Stepputat, “Introduction: States of imagination”, en Thomas Blom Hansen y Finn Stepputat (eds.), *States of Imagination: Ethnographic Explorations of the Postcolonial State*, Durham, Duke University Press, 2001, pp. 7-9.

gías, desempeños y prácticas del poder del Estado y la nación han sido desentrañados de modo crítico a través de investigaciones encauzadas en las configuraciones cotidianas y las articulaciones diarias de estos conceptos y entidades.¹¹⁵

Aunque diferenciados, estos énfasis interrelacionados han hecho evidente que a lo largo de terrenos y contextos cambiantes, avivados por agendas y aspiraciones diversas, las naciones y los nacionalismos han articulado un sinfín de prácticas históricas y poder disciplinario. A la vez, las discusiones incisivas sobre nación y nacionalismo, así como las de historia y comunidad, colonia e imperio, han señalado la necesidad de evaluar críticamente la modernidad, sus procesos y sus persuasiones. No resulta nada extraordinario que las obras notorias dentro de la historia, la antropología y la antropología histórica hayan examinado con clarividencia las abstracciones analíticas y los marcos formalistas que incesantemente se ocupan de las comprensiones de la modernidad. Han dado a entender que más allá de las imágenes exclusivas de la modernidad, sus articulaciones y representaciones divergentes han estado relacionadas con procesos históricos particulares, cuyas prácticas y significados generativos hay que examinar con sumo detalle. Del mismo modo, este artículo ha resaltado que las varias manifestaciones de la modernidad han tenido la influencia de una reincidencia por las semejanzas singulares de la modernidad occidental. Así, las elaboraciones y formaciones de la modernidad están siendo cada vez más examinadas y debatidas como procesos contradictorios y contingentes de la cultura y el poder, como historias accidentadas y antagónicas de significado y dominio.¹¹⁶

Cultura y poder

Llegado a este punto, las nociones de cultura y poder apenas requieren otra exégesis. Sin embargo, es importante advertir las

¹¹⁵ Tarlo, *Unsettling Memories*; C. J. Fuller y Véronique Bénéï (eds.), *The Everyday State and Society in Modern India*, Nueva Delhi, Social Science Press, 2000; Hansen, *Wages of Violence*.

¹¹⁶ Para una discusión más amplia de estas cuestiones, véase Dube, *Stitches on Time*, y S. Dube, "Introduction: Enchantments of modernity", en Dube (ed.), *Enduring Enchantments*, a special issue of *South Atlantic Quarterly*, 101, 4, 2002, pp. 729-755.

tensiones tangibles que conciernen a estos términos, los cuales abundan en el campo de la antropología histórica. Los acercamientos que le confieren primacía analítica a los procesos de economía política y de formación del Estado se enfrentan a orientaciones que atribuyen un privilegio teórico a los órdenes discursivos y a los régimenes representacionales. Cada uno da un giro distinto a la cultura y el poder; los lee e interpreta a su manera.

En términos fundamentales, podemos distinguir entre dos tendencias. Por un lado —muy influido por la teoría crítica, en especial por la obra de Michel Foucault y Jacques Derrida, aunque también por la obra de filósofos y críticos como Martin Heidegger y Edward Said—, un conjunto esencial de estudios se ha concentrado en las formaciones y los régimenes del poder moderno. Estos estudios han seguido la trayectoria de las implicaciones discursivas y las inserciones constitutivas del poder en los proyectos y las condiciones de, por ejemplo, el imperio y la modernidad, el Estado y la nación. Se ha conferido una gran eficacia al dominio y a su disonancia, de modo que las prácticas y los procesos interpretados por sujetos históricos han parecido estar rodeados sobre todo por el poder y su productividad. Por otro lado, distintas disposiciones se han centrado en elaboraciones contradictorias y contingentes de los procesos sociales y las prácticas culturales representados por sujetos históricos. Estas prácticas, procesos y sujetos han sido considerados de golpe como si pertenecieran y articularan a la vez las relaciones de poder, pero sin convertir el poder en una fuerza fetichizada y en una totalidad omnipresente. Debemos mencionar los análisis sobre las polémicas relaciones entre cultura, estructura, acción y evento, comprendiendo las formas mediante las cuales la historia actúa como mediadora en cada uno de estos términos. También deben descubrirse discusiones que formulen la metrópolis y la periferia, lo dominante y lo subalterno, como parte de campos analíticos mutuos, incluyendo las transformaciones del tiempo dentro de la antropología.

Las tendencias en pugna que he descrito, en realidad confluyen en el oficio preciso de las antropologías históricas. Empero, a menudo ambas hablan sin escucharse. Para ello, sosten-

go, no hay soluciones sencillas; antes bien, resulta trascendental estudiar detenidamente estas conjunciones y disyunciones, con el objetivo de comprender mejor la antropología histórica y sus transformaciones en curso. ♦

Traducción de
YUNERSY LEGORBURO Y ADRIÁN MUÑOZ

Dirección institucional del autor
Centro de Estudios de Asia y África
El Colegio de México, A. C.
Camino al Ajusco No. 20
Pedregal de Sta. Teresa
C. P. 10740
México, D. F.